sis, Boston, Little, Brown, 1979.
WILSON, J. Q., *Political Organizations*, Nueva York, Basic Books, 1973.
WOLIN, S., *Politics and Vision*, Boston, Little, Brown, 1960.

2. Ciencia política: la historia de la disciplina

GABRIEL A. ALMOND

I. Introducción

Si fuéramos a construir un modelo de la historia de la ciencia política con la forma de una curva del progreso científico en el estudio de la política a lo largo de los tiempos, tendríamos que comenzar con la ciencia política griega, subir modestamente durante los siglos romanos, no progresar mucho durante la Edad Media, subir un poco durante el Renacimiento y la Ilustración, habría algunas subidas sustanciales durante el siglo XIX, para despegar hacia un crecimiento sólido durante el siglo XX a medida que la ciencia política adquiere características profesionales genuinas. Lo que esta curva mediría sería el crecimiento y la mejora cualitativa del conocimiento sobre las dos cuestiones fundamentales de la ciencia política: las propiedades de las instituciones políticas y los criterios que usamos para valorarlas.

Registraríamos tres chispazos ascendentes en la curva de crecimiento del siglo XX. El chispazo de Chicago en las décadas de entreguerras (1920-1940), que introduciría programas organizados de investigación empírica, subrayando las inter-

pretaciones psicológicas y sociológicas de la política y demostrando el valor de la cuantificación. Un chispazo mucho mayor en las décadas tras la Segunda Guerra Mundial reflejaría la difusión de la ciencia política «conductista» por todo el mundo, las mejoras en las subdisciplinas más tradicionales y la profesionalización (en el sentido del establecimiento de departamentos de muchos miembros, reclutados meritocráticamente y relativamente no jerárquicos; el establecimiento de asociaciones, sociedades de especialistas y revistas con evaluadores, etc.). El tercer chispazo registraría la entrada de los métodos deductivos y matemáticos y los modelos económicos del enfoque de la «elección racional-individualismo metodológico».

Podríamos denominar esta visión de la historia disciplinar como la visión «ecléctica-progresiva». Sería compartida por quienes aceptan como criterio de la ciencia política académica la búsqueda de la objetividad basada en las reglas de la evidencia y la inferencia. Este criterio se aplicaría no sólo a estudios que denominamos «conductistas», sino también a la filosofía política (tanto histórica como normativa), a los estudios comparados sistemáticos, a los estudios estadísticos que implican datos cuantitativos agregados y de encuesta, así como a la investigación que implica la construcción de modelos matemáticos formales y la experimentación (tanto la real como la simulada). En este sentido, es un patrón ecléctico y no jerárquico, más bien que integral.

Es «progresiva» en el sentido de que imputa la noción de mejora a la historia de los estudios políticos, tanto en cuanto a la cantidad de conocimiento como en cuanto a su calidad en términos de rigor y perspicacia. Con respecto a la perspicacia, la mayoría de los colegas estarían de acuerdo en que Michael Walzer (1983) tiene una mejor comprensión del concepto de justicia que la que tiene Platón. Y, con respecto al rigor (y también a la perspicacia), Robert Dahl (1989) nos ofrece una mejor teoría de la democracia que la ofrecida por Aristóteles[1].

Hay cuatro visiones opuestas de la historia de la ciencia política. Dos de ellas desafiarían su carácter científico. Hay

[1] En una escala más modesta, véase Riker, 1982.

una posición «anticiencia», así como otra «posciencia». Otras dos más —los marxistas y los teóricos de la «elección racional»— desafiarían su eclecticismo a favor de un monismo jerárquico purista. Los straussianos expresan la visión «anticiencia» al sostener que la introducción de la metodología científica es una ilusión perjudicial que trivializa y nubla la comprensión, y que las verdades básicas de la política tienen que ser descubiertas mediante una conversación directa con los textos clásicos y antiguos. El enfoque «postempírico» o «posconductista» de la historia disciplinar tiene una visión deconstructiva; no hay una historia privilegiada de la disciplina. Hay un pluralismo de identidades disciplinares, cada una con su propia visión de la historia disciplinar.

Los enfoques marxista, neomarxista y de la «teoría crítica» desafían nuestro eclecticismo al argumentar que la ciencia política o, más bien, la ciencia social (puesto que no puede haber una ciencia política separable) se compone de las verdades descubiertas y afirmadas en las obras de Marx y elaboradas por sus asociados y seguidores. Este punto de vista rechaza la noción de una ciencia política separable de una ciencia de la sociedad. La ciencia de la sociedad se revela a sí misma en el transcurso de su propio desarrollo dialéctico. La teoría de la elección racional rechaza nuestro eclecticismo a favor de un modelo jerárquico de ciencia política que se encamina hacia un conjunto parsimonioso de teorías matemáticas formales aplicables a toda la realidad social, incluyendo la política.

Este capítulo asume también que la ciencia política tiene componentes tanto científicos como humanistas, regidos ambos por los mismos imperativos de la investigación académica (las reglas de la evidencia y la inferencia). Las contribuciones al conocimiento pueden provenir de una gran inspiración o de un gran virtuosismo. Asumimos también que, dentro de la ontología de las familias de las ciencias, se encuentra en el lado «nube» del continuo de «nubes y relojes» de Karl Popper (1972). Es decir, las regularidades que descubre son probabilísticas en lugar de leyes inmutables y muchas de ellas pueden tener una vida relativamente corta.

El objeto esencial de la ciencia política, que comparte con el resto de la academia, es la creación de conocimiento, definido como inferencias o generalizaciones sobre la política extraídas de la evidencia. Como dicen King, Keohane y Verba (1994, p. 7) en su reciente libro, «la investigación científica está diseñada para hacer inferencias con base en la información empírica sobre el mundo». Este criterio es evidente incluso en una obra tan explícitamente «anticientífica» como la de los straussianos. Es decir, éstos consideran la evidencia, la analizan y extraen inferencias de la misma. Es imposible pensar en una empresa académica que no descanse sobre este núcleo metodológico de la evidencia-inferencia. Incluiría los estudios marxistas y neomarxistas, incluso aunque estos estudios se basen en asunciones sobre los procesos sociales que no son falseables y, por tanto, no están plenamente sujetas a las reglas de la evidencia o de la inferencia lógica. Incluiría, en el extremo del simple despliegue de evidencia, el estilo de ciencia política de «descripción detallada» *(thick)* de Clifford Geertz (1973) que ejemplifica el estudio de Womack (1968) sobre el líder campesino mexicano Zapata; e incluiría las obras de Downs (1957), Riker (1962) y Olson (1965) en el extremo deductivo contrario. En *Zapata*, parece que sólo tenemos evidencia sin inferencia y en la *Teoría económica de la democracia*, inferencia sin evidencia. Pero Hirschman (1970) nos dice que la biografía del líder campesino está plagada de implicaciones políticas y explicativas; y que los axiomas y teoremas de Downs generan toda una familia de proposiciones comprobables a través de la evidencia. Ambas son falseables mediante evidencias contrarias o defectos lógicos.

III. Una panorámica histórica

a) Griegos y romanos

Aunque se han hecho esfuerzos heroicos para incluir los escritos del Próximo Oriente antiguo en la crónica de la ciencia política, se los considera como pre-

cursores. El amor por la Biblia no puede convertir el consejo que Moisés recibe de su suegro sobre cómo juzgar con más eficacia los conflictos entre los hijos de Israel o la doctrina del *Deuteronomio* sobre la monarquía en ciencia política sería[2]. Pero cuando llegamos a la Grecia de Heródoto (*ca.* 484-425 a.C.), estamos en un mundo en el que el análisis de las ideas y los ideales políticos y la especulación sobre las propiedades de las distintas formas de gobierno, la naturaleza de la capacidad de gobernar y de la ciudadanía, se han convertido en una parte del saber convencional. Los griegos informados del siglo V a. C. –que viven en muchas ciudades-Estado griegas independientes, en las que se habla la misma lengua y se veneran los mismos o similares dioses, que comparten memorias históricas y mitológicas comunes, que están implicados en un comercio y una diplomacia entre las ciudades, que forman alianzas o entran en guerra– constituían una audiencia interesada en la información y la especulación sobre las variedades de arreglos políticos y gubernamentales y de políticas económicas, de defensa y de relaciones exteriores.

La historia de la ciencia política comienza propiamente con Platón (428-348 a.C.) cuyos *La República*, *La Política* y *Las Leyes* son los primeros clásicos de la ciencia política[3]. En estos tres estudios, Platón establece proposiciones sobre la justicia, la virtud política, las variedades de las formas de gobierno y su transformación, que han sobrevivido como teorías políticas hasta bien entrado el siglo XIX e incluso hasta el presente. Sus teorías sobre la estabilidad política y la optimización del funcionamiento, modificadas y elaboradas en las obras de Aristóteles y Polibio, anticipan la especulación contemporánea sobre la transición y la consolidación democráticas. En su primera tipología política, en *La República*, Platón presenta su régimen ideal basado en el conocimiento y la posesión de la verdad y, por tanto, ejemplificando el gobierno de la virtud, para presentar a continuación, cuatro regímenes evolutivamente relacionados en un orden descendente de virtud: timocracia

² Véase Wildavsky, 1984, 1989.

³ Véanse Sabine y Thorson, 1973, caps. 4, 5; Strauss y Cropsey, 1987, pp. 33 ss.

oligarquía, la democracia y la tiranía. La timocracia es una corrupción del Estado ideal en el que el honor y la gloria militar suplantan el conocimiento y la virtud; la oligarquía es una corrupción de la timocracia que reemplaza el honor por la riqueza como principio de reclutamiento; la democracia surge de la corrupción de la oligarquía y, a su vez, se corrompe en tiranía.

En *La Política*, escrito mucho después que *La República*, y en *Las Leyes*, escrito en su vejez (tras las duras experiencias de la Guerra del Peloponeso y del fracaso de su misión en Siracusa), Platón distingue entre la república ideal y las variedades realmente posibles de formas de gobierno. Para clasificar los regímenes reales, introduce el famoso cuadro de tres por dos, casando la cantidad y la calidad: el gobierno de uno, de pocos y de muchos; cada uno con sus versiones pura e impura. Generó la clasificación de los regímenes en seis categorías —monarquía, tiranía, aristocracia, oligarquía, democracia, oclocracia— que Aristóteles perfeccionó y elaboró en su *Política*, y que ha servido como taxonomía básica a través de los tiempos y hasta el siglo XIX.

En *Las Leyes*, Platón presentó la primera versión de la «Constitución Mixta» como el mejor régimen y el más estable entre los de verdad realizables y diseñado para detener el ciclo de desarrollo y degeneración implícito en el esquema séxtuple. La Constitución Mixta, tal como la formuló Platón, adquiere estabilidad al combinar principios que, de otro modo, podrían estar en conflicto: el principio monárquico de la sabiduría y la virtud con el democrático de la libertad. Aristóteles adoptaría y mejoraría este esquema. Es la primera teoría explicativa en la historia de la ciencia política en la que las instituciones, las actitudes y las ideas se relacionan con el proceso y el funcionamiento. Es el ancestro de la teoría de la separación de poderes.

Aristóteles (384-322 a.C.) pasó veinte años como miembro de la Academia de Platón. Después, tras un período como tutor de Alejandro de Macedonia, Aristóteles volvió a Atenas y formó su propio Liceo, una institución de enseñanza con museo-biblioteca e instituto de investigación. El método de liceo era inductivo, empírico e histórico, a diferencia del que predominantemente idealista y deductivo que se mantenía en la Academia de Platón. Se dice que el Liceo reunió 158 constituciones de las ciudades-Estado griegas, de las que sólo ha sobrevivido una (la de Atenas). Las lecciones que componen *La Política* de Aristóteles parecen haberse extraído de los análisis y las interpretaciones de esos datos.

Mientras que la metafísica de Platón empujó a éste a despreciar el mundo real y la capacidad humana de percibirlo y comprenderlo, y a hipotetizar un mundo de formas ideales de las que la realidad era un pálido reflejo, Aristóteles, por el contrario, era más bien un empirista que observa la realidad política como un médico observa la enfermedad y la salud. Sir Ernest Barker señala:

> Quizá no sea demasiado caprichoso detectar una particular inclinación médica en un buen número de pasajes de *La Política*. No es sólo un asunto de acumulación de «historias clínicas», o del uso de los escritos de la escuela de Hipócrates como el tratado de «Aires, aguas y lugares». Se trata de una comparación recurrente entre el arte del estadista y el del buen médico; se trata del profundo estudio de la patología de las constituciones y de su inclinación a la fiebre de la sedición que encontramos en el Libro V de *La Política;* se trata de la preocupación con la terapéutica que también encontramos en el mismo libro, una preocupación singularmente evidente en el pasaje (al final del capítulo XI) en el que sugiere un régimen y una cura para la fiebre de la tiranía (Barker, introducción a Aristóteles, 1958, p. XXX).

Mientras que en su teoría de las formas de gobierno Aristóteles comienza con la clasificación séxtuple de Platón, argumenta que, desde un punto de vista realista, de hecho hay cuatro tipos importantes: oligarquía y democracia, los dos tipos en los que podría clasificarse a la mayoría de las ciudades-Estado griegas; *politeia* o gobierno constitucional o «mixto», que es una combinación de oligarquía y democracia y que (dado que reconcilia la virtud con la estabilidad) es la mejor forma posible de gobierno; y la tiranía, que es la peor. Para respaldar su argumento señala que, mientras que las estructuras sociales de las ciudades varían de acuerdo con las economías ocu-

paciones, profesiones y *status* que en ellas se contienen, tales diferencias pueden reducirse a distintas distribuciones de ciudadanos ricos y pobres. Donde dominan los ricos, tenemos oligarquía; donde dominan los pobres, democracia. Donde dominan las clases medias, podemos tener gobierno «mixto» o constitucional que tiende a la estabilidad al quedar contrapesados los intereses extremos por los más moderados. Las estructuras políticas y las pautas de reclutamiento se clasifican de acuerdo con los arreglos de los órganos deliberativos, magistrativos y judiciales y de acuerdo con el acceso a los mismos de las diferentes clases.

Un politólogo moderno –un Dahl, Rokkan, Lipset, Huntington, Verba o Putnam– se encontraría en un terreno familiar con el análisis de Aristóteles, en *La Política* y *La Ética*, de la relación entre el *status*, la ocupación, la profesión y la clase y las variedades de instituciones políticas, por un lado, y de la relación entre la socialización y el reclutamiento políticos y la estructura y el proceso políticos, por el otro. Compartirían la metafísica y la ontología. Pero si estos capítulos, o algo parecido a los mismos, fueran presentados por estudiantes contemporáneos de doctorado a la búsqueda de los temas de sus tesis, es fácil visualizar los comentarios que escribirían al margen un Dahl o un Verba: «¿Sobre qué casos estás generalizando?»; «¿Qué tal si usas una escala aquí?»; «¿Cómo comprobarías la fuerza de esta asociación?»; u otros por el estilo. Aristóteles presenta todo un conjunto de proposiciones e hipótesis –en lo que se refiere a la estabilidad política y a la quiebra, a las secuencias de desarrollo, a los modelos educativos y a la actuación política– que claman por diseños de investigación y análisis cuantitativos cuidadosos. El método aristotélico consiste esencialmente en una clasificación clínica de especímenes, con hipótesis sobre las causas y las consecuencias, pero sin comprobaciones sistemáticas de las relaciones.

La teoría política griega de Platón y Aristóteles era una combinación de ideas universalistas y parroquiales. El mundo sobre el que generalizaban era el mundo de las ciudades-Estado griegas. Generalizaban sobre los griegos, no sobre el género huma-

no. Los ciudadanos se distinguían de los esclavos, los residentes forasteros y los bárbaros extranjeros. Con las conquistas de Alejandro y la mezcla de las culturas griega y oriental, ganaron en autoridad dos nociones desarrolladas por la escuela estoica de filosofía. Eran las ideas de una humanidad universal y de un orden en el mundo basado en el derecho natural. Estas ideas las había adelantado el filósofo estoico Crisipo en el último tercio del siglo III a.C. Su formulación más clara aparece en las obras de Panecio (185-109 a.C.) y de Polibio (203-120 a.C.), dos filósofos estoicos del siglo II, quienes, a su vez, transmitieron estas ideas a la elite intelectual romana de la última etapa de la República. Mientras que Panecio desarrolló los aspectos filosóficos y éticos del último estoicismo, Polibio adaptó las ideas platónicas y aristotélicas a la historia de Roma y a la interpretación de las instituciones romanas.

Polibio atribuye el notable poder y crecimiento de Roma a sus instituciones políticas. Hace más explícitas las ideas evolutivas de Platón y Aristóteles, brindando explicaciones sociopsicológicas sencillas de la decadencia de las formas puras de monarquía, aristocracia y democracia y de su degeneración en las formas impuras de tiranía, oligarquía y oclocracia. De acuerdo con Polibio, los constructores del Estado romano habían redescubierto, mediante un proceso de ensayo y error, las virtudes de la constitución mixta: la combinación de los principios monárquico, aristocrático y democrático llevados a la práctica en el Consulado, el Senado y la Asamblea. Fueron estas instituciones las que hicieron posible la conquista del mundo en medio siglo y las que, según Polibio, garantizaban un futuro de gobierno mundial estable y justo bajo el Derecho romano[4].

Tres cuartos de siglo después, el abogado romano Cicerón (106-43 a.C.) aplicaba la teoría de la constitución mixta a la historia romana en un momento en el que las instituciones de la República romana estaban ya en una decadencia profunda. Esta parte de su trabajo era una llamada para la vuelta a la estructura y a la cultura de la época de la República romana anterior previa a las décadas de

[4] Véase Sabine y Thorson, 1973, caps. 4-9.

... guerra populista y civil de los Graco, Mario y Sila. *Más significativo* y duradero fue su desarrollo de la doctrina estoica del derecho natural. Era la creencia de que hay un derecho natural universal que proviene del orden divino del cosmos y de la naturaleza racional y social de la humanidad. Sería su formulación de esta idea del derecho natural la que se adoptaría en el Derecho romano, pasando de ahí a la doctrina de la Iglesia católica y, posteriormente, a sus manifestaciones ilustrada y moderna[5].

De esta manera, encontramos formulados, en el pensamiento griego de finales del siglo III a.C. y en el romano de los siglos siguientes, los dos grandes temas de la teoría política que atraviesan la historia de la ciencia política hasta el presente: «¿Cuáles son las formas institucionales de gobierno?» y «¿cuáles son los modelos que usamos para evaluarlas?». La respuesta a la primera fue la clasificación séxtuple platónica y aristotélica de las formas organizativas puras e impuras, y la constitución mixta como la solución al problema de la degeneración y el ciclo. La respuesta a la cuestión de la evaluación —legitimidad, justicia— fue la doctrina del derecho natural. Estas ideas se transmitieron a Roma por los estoicos tardíos (en particular, Panecio y Polibio) y desde las obras de los romanos (como Cicerón o Séneca) a la teoría política católica.

b) *Constituciones mixtas y teoría del derecho natural en la historia*

Las teorías de la constitución mixta y del derecho reciben su codificación medieval más plena en la obra de Tomás de Aquino (1225-1274), quien relaciona la constitución mixta con la justicia y la estabilidad a través de su conformidad con el derecho divino y natural. Sus ejemplos de constitución mixta son el orden político divinamente ordenado del Israel de Moisés, Josué y los Jueces, equilibrado entre líderes ancianos
y jefes tribales, y la República romana en su origen, con su

[5] Véase Sabine y Thorson, 1973, caps. 9, 10.

mezcla de Asamblea, Senado y Consulado. Sigue los argumentos de Aristóteles sobre las debilidades y la tendencia hacia la tiranía de las formas puras de gobierno monárquico, aristocrático y democrático. La combinación de las formas puras es el antídoto contra la debilidad y la corrupción humana[6].

En la Baja Edad Media y en el Renacimiento, el gobierno mixto y el derecho natural constituyen la medida con respecto a la cual se evalúan los gobiernos. Tal y como Tomás de Aquino, y los influidos por él, veían al Israel del período premonárquico y a la Roma de la época republicana como los regímenes más cercanos del pasado al ideal del gobierno mixto, para los teóricos políticos italianos de la Baja Edad Media y del Renacimiento el ejemplo era Venecia, con su Dogo monárquico, su Senado aristocrático y su Gran Consejo democrático. La estabilidad, riqueza y poder de Venecia eran considerados la prueba de la superioridad del sistema mixto.

La variedad de principados y repúblicas en el norte de Italia en estos siglos, las reclamaciones generales y rivales de la Iglesia y el Imperio, el estado de guerra, la conquista, la revolución, la negociación diplomática y la innovación institucional en las que estaban constantemente envueltos estos regímenes, estimularon a varias generaciones de teóricos políticos que reflexionaban y escribían sobre esta experiencia política. Un aspecto central de sus discusiones eran las ideas de la constitución mixta expresadas por Aristóteles y por Tomás de Aquino. Con la traducción de su *Historia de Roma* en el siglo XVI, Polibio llegó a ser muy influyente, particularmente en Florencia y en la obra de Maquiavelo (1469-1527). En las crisis florentinas de finales del siglo XV y principios del XVI, Maquiavelo se implicó en una polémica con el historiador Guicciardini en la que las principales autoridades citadas fueron Aristóteles, Polibio y Tomás de Aquino, y el tema de discusión, qué países eran los mejores ejemplos de constitución mixta. Guicciardini estaba a favor de un sesgo aristocrático aristotélico y veneciano-espartano
Maquiavelo, a favor de un papel algo mayor para el elemento popular, confiando más en el apoyo de Polibio.

[6] Véase Blythe, 1992, cap. 3.

[7] Véanse Blythe, 1992; Pocock, 1975; Skinner, 1978.

La ruptura de la teoría política renacentista descansa sobre el tratamiento que Maquiavelo le dio a la legitimidad de los regímenes y de los líderes políticos. Con anterioridad a *El Príncipe* y a los *Discursos*, los autores trataban los regímenes de manera dicotómica como puros o corruptos, normativos o no normativos, en los sentidos originales platónico y aristotélico[9]. Maquiavelo, observando la política practicada en Italia en los siglos XV y XVI, legitimó la política no normativa como inevitable, como cuestión de supervivencia, como parte de la realidad. Un príncipe que dejase de emplear medios problemáticos cuando fuesen necesarios para la supervivencia, sería incapaz de hacer el bien cuando éste fuese posible. Maquiavelo tocó el nervio de la ciencia política con su orientación «libre de valores» y su nombre se convirtió en sinónimo de indiferencia moral y cinismo político. Los temas generados por esta travesía hacia el realismo todavía resuenan en los palomares de la filosofía política.

La teoría de la soberanía, un tema tan importante en la Edad Media, el Renacimiento y la Ilustración, recibe su primera formulación completa en la obra de Jean Bodin (1529-1596). Su doctrina del absolutismo como una solución al problema de la inestabilidad y el desorden está formulada en polémica con la teoría de la constitución mixta. Utilizando un método histórico realista, desarrolla el argumento de que los casos clásicos de gobierno mixto, Roma y Venecia, fueron en realidad regímenes centralizados y concentrados; de hecho, todo régimen importante y duradero ha concentrado los poderes Legislativo y Ejecutivo bajo una autoridad central. La atención que presta a la influencia de las condiciones ambientales y socioestructurales sobre las características de los Estados anticipan la sensibilidad antropológica de Montesquieu[10].

Aunque hubo un progreso sustancial en el desarrollo de

[8] Véase Blythe, 1992, pp. 292 ss.

[9] Véase Skinner, 1978, pp. 131 ss.

[10] Véase Sabine y Thorson, 1973, cap. 21.

ciencia política en la Ilustración: Hobbes, Locke, Montesquieu, Hume, Madison y Hamilton trataban los mismos temas que preocupaban a Platón, Aristóteles, Polibio, Cicerón, Tomás de Aquino, Maquiavelo y Bodin: las formas y variedades de gobierno y los modelos con los que juzgarlos. Al considerar el progreso conseguido por los filósofos ilustrados, nos fijamos en las mejoras introducidas en la obtención y evaluación de la evidencia y en la estructura de la inferencia.

El primer proyecto intelectual terminado por Thomas Hobbes (1588-1679) fue la traducción de las *Guerras del Peloponeso* de Tucídides, la historia de una trágica época de desorden, justo como la Inglaterra del siglo XVII, perturbada por la guerra civil, el regicidio, la dictadura y el exilio. La visión de Hobbes del estado de naturaleza, de las razones para el consentimiento de los seres humanos a ser gobernados, de la naturaleza de la obligación política y de la legitimidad de las distintas formas de gobierno, estaban influidas por sus reflexiones sobre la caída de Atenas y la violencia y la confusión moral de la Inglaterra del siglo XVII. En sus libros posteriores *De Cive* y, especialmente, *Leviatán*, Hobbes concluía que la autoridad soberana era necesaria en una sociedad si se quería asegurar la salida de sus miembros del violento y desordenado estado de naturaleza. A cambio de obligación y obediencia, el sujeto consigue seguridad y certidumbre. La mejor forma de gobierno –deducida lógicamente de estas premisas, porque es racional y no ambigua– es el absolutismo monárquico, limitado por la obligación del gobernante de proporcionar seguridad y bienestar a los miembros de la sociedad. El logro de Hobbes fue la deducción lógica de sus conclusiones sobre la mejor forma de gobierno a partir de lo que consideraba que eran las condiciones materiales y las necesidades humanas. Construyó su argumento limitando las asunciones a lo que consideraba –y a lo que creía que la historia confirmaba– como evidencia «material» de la condición humana. A partir de estas asunciones, dedujo inferencias lógicas tajantes[11].

Las conclusiones de Jhon Locke sobre los orígenes y la legitimidad del gobierno en su

[11] Véanse Sabine y Thorson, 1973, cap. 24; Strauss y Cropsey, 1987, pp. 396-420.

Segundo tratado del gobierno se derivan de un conjunto de condiciones contractuales distinto al de Hobbes. La gente consiente que el gobierno asegure su bienestar y su libertad. El estado de naturaleza de Locke no es tan catastrófico como el de Hobbes. Hay inconveniencias y costes, y el consentimiento hacia el gobierno es condicional, dependiendo de hasta qué punto el gobierno lleve a cabo esas funciones limitadas. Al salir del estado de naturaleza, las personas ceden a la comunidad su derecho a poner en práctica la ley de la razón para preservar mejor la vida, la libertad y la propiedad. Los comienzos de la teoría de la separación de poderes están en John Locke. El poder otorgado a la comunidad se divide en tres elementos: el legislativo, el ejecutivo y el federativo, el último de los cuales es un poder relativamente poco especificado que tiene que ver con las relaciones exteriores. Tanto en Locke como en Hobbes, el progreso de la ciencia política se basa en la deducción lógica de la naturaleza y las formas de gobierno y de las bases de la autoridad, la libertad y la obligación, a partir de asunciones sociológicas y psicológicas. Su fuerza radica más en su racionalismo lógico que en la manera de obtener la evidencia.

Aunque sea una exageración decir que Montesquieu obtenía y acumulaba su evidencia de manera rigurosa, es seguro que va un paso más allá que Hobbes y Locke. Aunque reconoce leyes de la naturaleza y deduce la formación del gobierno de estas leyes, sobre todo subraya la variedad de la experiencia política humana y el pluralismo de la causación. Montesquieu va a «Persia» y, por así decir, hacia atrás en el tiempo, a Roma, a Venecia, a muchos otros países europeos y especialmente a Inglaterra, para comparar sus instituciones con las de Francia. Es un comparativista y un pluralista causal. Para explicar las variedades de forma de gobierno y de política pública, considera el clima, la religión, las costumbres, la economía, la historia y cosas por el estilo. Encuentra que la mejor forma de gobierno es su noción de la separación de poderes y una especie de equilibrio newtoniano entre estos poderes, a la que considera como la que con más probabili-

dad preservará la libertad y promoverá el bienestar.

Y en el →

Libro XI de su *Espíritu de las leyes*, encuentra la mejor ejemplificación de la separación de poderes en la Inglaterra posterior a la Petición de Derechos.

La clasificación de gobiernos de Montesquieu incluye repúblicas, monarquías y despotismos, siendo la categoría republicana divisible entre aristocracias y democracias. Encuentra en el gobierno de Inglaterra la ejemplificación del ideal del gobierno mixto que combina instituciones democráticas, aristocráticas y monárquicas en un equilibrio dialéctico armónico. Su teoría política es una teoría explicativa sistémico-funcional basada en la interrelación de las condiciones, el proceso y la política.

Tuvo una gran influencia sobre los fundadores de la Constitución americana. Y puede haber estado en la mente de Hamilton cuando escribía en *El Federalista* 9: «La ciencia de la política [...] ha recibido una gran mejora. Se entiende bien la eficacia de los distintos principios que, o bien no eran conocidos en absoluto, o lo eran de manera imperfecta por lo antiguos». Y en *El Federalista* 31: «Aunque no pueda pretenderse que los principios del conocimiento moral y político tengan, en general, el mismo grado de certeza que los de las matemáticas, no obstante tienen más posibilidades en este aspecto que [...] las que estamos dispuestos a concederles» (Hamilton, 1937, pp. 48, 189). Lo que llevó a Madison y a Hamilton a considerarse tan buenos politólogos fue el haber comprobado las teorías de Montesquieu, Locke y otros filósofos europeos con la experiencia de las trece colonias y de los Estados Unidos bajo los Artículos de la Confederación. Tenían la confianza de los ingenieros que aplican las leyes de la política, deducidas del examen empírico y de laboratorio de casos individuales. La separación de los poderes Ejecutivo, Legislativo y Judicial (cosa que habían aprendido de Montesquieu) y la mezcla de los poderes a través de controles y equilibrios (*checks and balances*) (lo que habían aprendido de la experiencia práctica de las trece colonias) les permitía tratar la política en forma de ecuación: «Separación + controles y equilibrios = libertad».

→ C) EL SIGLO XIX

En los siglos XVII y XVIII, los filósofos de la Ilustración predijeron la mejora en la condición material, política y moral de la humanidad como consecuencia del crecimiento del conocimiento. En los siglos XIX y XX, los académicos y los intelectuales elaboraron este tema del progreso y la mejora prediciendo distintas trayectorias y secuencias causales. En la primera parte del siglo XIX hubo grandes historicistas (o deterministas históricos) –Hegel (1770-1831), Comte (1798-1857) y Marx (1818-1883)– que, en la tradición de la ilustración, veían la historia como un desarrollo unilineal en la dirección de la libertad y el gobierno racional. En Hegel, la razón y la libertad están ejemplificadas en la monarquía burocrática prusiana. En Comte, los límites de la teología y la metafísica quedan rotos por la ciencia, en cuanto que permite a la humanidad ejercer un control racional sobre la naturaleza y las instituciones sociales. En Marx, el capitalismo sustituye al feudalismo y es sustituido, a su vez, primero por el socialismo proletario y, después, por la sociedad igualitaria y verdaderamente libre.

Hegel se aleja de las nociones de la ilustración por su visión dialéctica de la historia como el choque de opuestos y la emergencia de síntesis. La monarquía burocrática prusiana racionalizada y modernizada en las décadas posnapoleónicas es vista por Hegel como la ejemplificación de una última síntesis[12]. En Marx, la dialéctica hegeliana se convirtió en el principio de la lucha de clases que lleva a la última transformación de la sociedad humana. De acuerdo con Marx, la naturaleza del proceso histórico era tal que la única ciencia social posible es la que se descubre, y la que se emplea, en la acción política. En el marxismo, esta ciencia de la sociedad llega a convertirse en un esquema economía-ideología-forma de gobierno plenamente validado. Una vanguardia informada armada con esta poderosa teoría anunciaría el comienzo de un nuevo mundo de orden, justicia y plenitud[13].

[12] Véanse Sabine y Thorson, 1973, cap. 17; Strauss y Cropsey, 1987, pp. 732 ss.

[13] Véanse Sabine y Thorson, 1973, cap. 34; Strauss y Cropsey, 1987, pp. 802 ss.

del positivismo filosófico, inauguró la nueva ciencia de la «sociología» en los seis volúmenes de su *Curso de filosofía positiva* (Koenig, 1968). Su argumento era que todas las ciencias pasan por dos etapas –primero la teológica, después la metafísica– antes de convertirse, en la tercera etapa, en científicas o positivas. De esta manera, continuaba Comte, la astronomía fue la primera en pasar por estas tres etapas, después lo hizo la física, luego, la química, luego la fisiología. Al final, la física social (las ciencias sociales incluyendo a la psicología) se encontraba en un proceso de maduración como ciencia. Comte veía esta nueva sociología científica como la suministradora de proyectos para la reforma de la sociedad.

Hubo una ola de empirismo como reacción a estas comprensivas teorías monistas y abstractas. Esta reacción produjo un gran número de estudios descriptivos legal-formales de instituciones políticas y varias etnografías políticas descriptivas pedestres y monumentales, tales como *Political Science: Or the State Theoretically and Practically Considered* (1878) de Theodore Woolsey; *Politik: Geschichtliche Naturlehre der Monarchie, Aristokratie und Demokratie* (1892) de Wilhelm Roscher; y *The State: Elements of Historical and Practical Politics* ([1]1889, 1918) de Woodrow Wilson. Se trataba esencialmente de ejercicios ponderados de clasificación, que empleaban alguna variación del sistema clasificador platónico-aristotélico.

Parecidos a los historicistas, pero con un enfoque más empírico y más pluralista en su explicación, había un grupo de autores de la segunda mitad del XIX que podrían caracterizarse como «evolucionistas» y que influyeron sobre la sociología moderna de diversas maneras. Este grupo incluye a Herbert Spencer (1820-1903), sir Henry Sumner Maine (1822-1888) y Ferdinand Toennies (1855-1936). Spencer ([1]1874, 1965), un temprano evolucionista social posdarwiniano, evita la unilinealidad simple. Le preocupa explicar la variedad cultural y política, así como la mejora genérica. Explica la centralización y descentralización política por los rasgos físicos del ambiente, tales como el terreno montañoso frente a las llanuras. Construye

socioeconómicos provocados por la concentración urbana y la proliferación de intereses que se debe al crecimiento de las manufacturas y a la difusión del comercio.

Hay una pauta dualista común entre los autores de finales del XIX acerca del proceso histórico. Maine ([1]1861, 1963) distingue el derecho antiguo del moderno en los términos de un cambio desde relaciones de *status* con un carácter difuso hasta las relaciones contractuales específicas. Toennies (1887-1957) introduce la distinción entre *Gemeinschaft und Gesellschaft (Comunidad y Sociedad)*. Con el cambio de siglo, Weber (1864-1920) y Durkheim (1858-1917) contrastan la racionalidad moderna con la tradicional (Weber, [1]1922, 1978, vol. I, pp. 24 ss.), la solidaridad orgánica con la mecánica (Durkheim [1]1893, 1960). Este tema del «desarrollo» y de la «modernización» continúa en el siglo XX hasta hoy día, con los esfuerzos para definir, operacionalizar, medir e interpretar la «modernización» socio-económico-política que se presentan más abajo.

A lo largo del siglo XIX era común hablar del estudio de la política y de la sociedad como ciencia, y describir el conocimiento sobre la política como compuesto por proposiciones con forma de ley basadas en la evidencia y la inferencia sobre los acontecimientos y las instituciones políticas. Collini, Winch y Burrow lo documentan con gran profundidad y detalle en su libro *That Noble Science of Politics* (1983). Como en épocas anteriores, los historiadores y los publicistas del siglo XIX buscaban «lecciones» de la historia, pero cada vez con más sofisticación. Al recordar el «método» con el que escribió *La democracia en América*, Tocqueville (1805-1859) observaba que «Aunque apenas hablaba de Francia en mi libro, no escribí una página sin tenerla, por así decir, ante mis ojos»; y, en una apreciación más general sobre el método comparativo, dijo: «Sin hacer comparaciones, la mente no sabe cómo proceder» (Tocqueville, 1985, pp. 59, 191).

Collini, Winch y Burrow señalan que las proposiciones decimonónicas sobre la naturaleza y la explicación de los fenómenos políticos se basaban cada vez más en inducciones históricas en lugar de en asunciones sobre la naturaleza humana. Esto se explica en parte por el simple crecimiento del conocimiento de las sociedades contemporáneas e históricas. El imperialismo y el colonialismo colocaron vastas y complejas culturas, como la india, así como sociedades primitivas y reducidas, como las culturas africanas y las de los indios americanos, al alcance de los académicos e intelectuales europeos. Las zonas exóticas del mundo se hicieron accesibles e invitaban a esfuerzos más cautos y controlados a la hora de inferir causas y efectos que en los casos de Maquiavelo o Montesquieu. Justo a finales del siglo XIX, en Oxford y en Cambridge, bajo el liderazgo de E. A. Freeman (1874), Frederick Pollock (1890) y John Seeley (1896), la historia comparada comenzó a considerarse de manera un tanto optimista como la base para un estudio genuinamente científico de la política. Se introdujo en el trivio de Historia en Cambridge en 1897 en la forma de dos trabajos: uno sobre Ciencia Política Inductiva o Comparativa; y otro sobre Política Deductiva y Analítica (Collini *et al.*, pp. 341 ss.). Ya en 1843, John Stuart Mill (1806-1873) había reconocido en su *Sistema de lógica* ([1]1843, 1961) que el método comparativo en las ciencias humanas era equivalente en algún sentido al experimental en las ciencias naturales. En efecto, hace siglo y medio, Mill había anticipado la «estrategia de los sistemas más parecidos» de Przeworski y Teune (1970).

Para John Stuart Mill, Tocqueville, Ostrogorski, Wilson y Michels, la democracia como alternativa para otros regímenes constituye una preocupación fundamental. Cada uno continúa a su manera el debate sobre el «gobierno mixto». Mill quiere que los educados, los informados, los cívicamente responsables, desempeñen un papel preeminente en la democracia para evitar las potencialidades corruptas y de masas que laten en la misma. Tocqueville encontró en la profesión legal americana una dosis aristocrática para moderar las tendencias «niveladoras» de la democracia. Ostrogorski (1964, vol. II, Conclusión) y Michels (1949) ven defectos fatales en la democracia y la inevitabilidad de la oligarquía, como resultado de la burocratización de los partidos políticos de masas.

Estas tendencias del siglo XIX caen perfectamente dentro de nuestro concepto organizador del rigor y la coherencia lógica

[illegible] cambio organizador del rigor y la coherencia ideológi-
cas crecientes en el estudio de los fenómenos políticos definidos como las propiedades y la legitimidad del gobierno.*

El concepto de «pluralismo», una variación del tema del «gobierno mixto», sirvió de vínculo entre la teoría política europea y la ciencia política americana de las primeras décadas del siglo XX. El concepto de soberanía del Estado, asociado a la ideología de la monarquía absoluta, sufrió durante el final del XIX y comienzos del XX el desafío de los «pluralistas» de derecha e izquierda. Otto Gierke (1868) en Alemania y Leon Duguit (1917) en Francia cuestionan la plena autoridad del Estado central. Teóricos políticos conservadores, como Figgis (1896), afirmaron la autonomía de las iglesias y las comunidades; teóricos de izquierda, como Harold Laski (1919), reclamaron lo mismo para los grupos profesionales y los sindicatos.

Con las figuras seminales de Marx y Freud y los grandes teóricos sociológicos del final del XIX –Pareto, Durkheim, Weber– y con la polémica sobre soberanía y pluralismo, estamos ya sobre el fondo intelectual inmediato de la ciencia política del siglo XX.

d) La profesionalización de la ciencia política en el siglo XX

En la segunda mitad del siglo XIX y primeras décadas del XX, el rápido crecimiento y la concentración de la industria y la proliferación de grandes ciudades en Estados Unidos, habitadas en considerable proporción por inmigrantes de la zona rural y de países extranjeros, creó una situación proclive a la corrupción en gran escala. Se necesitaron empresarios políticos con recursos para organizar y disciplinar los electorados ignorantes en gran medida, que pululaban por centros urbanos como Nueva York, Boston, Filadelfia, Chicago, San Luis, Kansas City y demás. El «jefe» *(boss)*, la «máquina» y los intermitentes movimientos de reforma eran los fenómenos políticos americanos más visibles a finales del XIX y comienzos del XX. Los movimientos de reforma inspirados en una

urbanas profesionales y de negocios, aprovecharon el talento de los periodistas de los medios de calidad y de las comunidades académicas. La corrupción de la política por las corporaciones de negocios que buscaban contratos, franquicias y protección frente a la regulación gubernamental se convirtió en el tema de la literatura periodística conocida como «*muckraking*»*, que colocó el proceso y la infraestructura políticos —los «grupos de presión» y los *lobbies*, procesos políticos locales, estatales y nacionales profundamente penetrables y corrompibles— a la vista del público.

Los politólogos americanos del período de entreguerras aceptaron el desafío de esta infraestructura política y de la literatura *muckraking* que la puso al descubierto, y comenzaron a producir serios estudios monográficos sobre grupos de presión y actividades de *lobbying*. Peter Odegard (1928) escribió sobre la American Anti-Saloon League, Pendleton Herring (1929), sobre grupos de presión y el Congreso, Elmer Schattschneider (1935), sobre política y aranceles, Louise Rutherford (1937), sobre la American Bar Association, Oliver Garceau (1941), sobre la Asociación Médica Americana, y hubo muchos más. Estos autores ponen su sello en la ciencia política de los años de entreguerras. El realismo y el empirismo de estos primeros estudiosos de lo que algunos llamaron el gobierno «invisible» o «informal» aprovechó las ideas de una generación anterior de teóricos políticos americanos entre los que estaban Frank Goodnow (1900) y Woodrow Wilson (1887).

1. La Escuela de Chicago

Así, en las primeras décadas del siglo XX la noción de un estudio «científico» de la política se había revestido ya de suficiente carne. Europeos como Comte, Mill, Tocqueville, Marx,

* Literalmente, escarbar en el estiércol. En sentido figurado, revolver en las vidas ajenas (particularmente entre los trapos sucios). Esa expresión identifica a todo un grupo de periodistas norteamericanos de principios de siglo que hicieron de la denuncia de la corrupción política su principal cometido. (N. del T.)

[illegible] Bryce y otros, habían sido pioneros, o estaban siendo pioneros, en el desarrollo de la sociología, la antropología y la psicología políticas, campos en los que hicieron del estudio de la política una empresa explicativa autoconsciente. Los estudios empíricos de los procesos gubernamental y político se habían hecho un hueco en las universidades americanas. Pero la mayor parte del estudio de la política en las universidades americanas de estas décadas era aún esencialmente jurídico, filosófico e histórico en su metodología. El significado de la escuela de ciencia política de la Universidad de Chicago (*ca.* 1920-1940) radica en su demostración de que a través de estudios empíricos concretos era posible un aumento genuino del conocimiento político mediante una estrategia de investigación interdisciplinar, la introducción de metodologías cuantitativas y un apoyo de investigación organizado. Algunos otros autores hablaban un lenguaje similar al de Merriam (1931b) en «The Present State of the Study of Politics» (por ejemplo, Catlin, 1964), pero la escuela que Merriam fundó en los años veinte, y que llenó en parte con sus propios estudiantes, supuso un salto considerable en el rigor de la investigación empírica y en el poder de la inferencia en el estudio de las cosas políticas y de la innovación institucional.

Lo que le llevó a convertirse en el gran empresario de la ciencia política de su generación fue el escenario dinámico de la ciudad de Chicago en las primeras décadas del siglo XX, en pleno boom de riqueza y con ansias de cultura, y la interrelación entre su vida académica y su carrera política. Sus esperanzas de disfrutar de un alto cargo político habían sido barridas en la campaña por la alcaldía de Chicago en 1919. Ya no era posible para él aspirar a convertirse en el «Woodrow Wilson del Medio Oeste» (Karl, 1974, cap. 4). Al mismo tiempo, era incapaz de establecerse lo suficiente para desarrollar una tranquila carrera académica. Sus años en la política municipal y su experiencia de la guerra en los asuntos exteriores y en la propaganda, le hacían sensible a los «nuevos aspectos» del estudio de la política. No mucho después de volver a la Universidad de Chicago desde su puesto de «información pública» en Italia, publicó su declaración *Nuevos aspectos* (1931b) y

comenzó el montaje del departamento de Chicago y los distintos programas de investigación que lo identificaron como una «escuela» distintiva. Era un innovador institucional: primero, al crear el Comité de Investigación en Ciencia Social de la Universidad de Chicago para proporcionar apoyo financiero a las iniciativas de investigación prometedoras del profesorado de ciencia social de Chicago; y, después, siendo pionero en la formación del Consejo de Investigación en Ciencia Social para proporcionar servicios similares a escala nacional.

El primer programa de investigación importante que se inició en Chicago se construyó alrededor de Harold Gosnell, que recibió su doctorado bajo la dirección de Merriam en 1921 y al que se otorgó un puesto de profesor titular en 1923. Colaboró con Merriam en un estudio de las actitudes hacia el voto de una selección de unos 6.000 habitantes de Chicago en la elección a alcalde de 1923 (Merriam y Gosnell, 1924). La selección se hizo con anterioridad a la introducción de las «muestras probabilísticas» y se realizó mediante un «control de cuota» que buscaba abarcar las características demográficas de la población de Chicago mediante cuotas de sus principales grupos demográficos. El control de cuota, que quedó desacreditado en la elección Truman-Dewey de 1948, era en ese momento el método habitual para la elaboración de muestras de grandes poblaciones. Los entrevistadores fueron estudiantes de tercer ciclo de la Universidad de Chicago, entrenados por Merriam y Gosnell. Gosnell continuó este estudio con el primer experimento que se haya realizado nunca en la ciencia política. Fue un estudio de los efectos sobre el voto de un sondeo no partidista realizado por correo en Chicago, que intentaba conocer el resultado de las elecciones nacionales y locales de 1924 y 1925. La técnica experimental diseñada por Gosnell (1927) era bastante rigurosa: se distinguieron cuidadosamente grupos experimentales y de control, se utilizaron distintos estímulos, y los resultados se analizaron de acuerdo con las técnicas estadísticas más sofisticadas disponibles por entonces. Gosnell continuó su investigación en Gran Bretaña, Francia, Alemania, Bélgica y Suiza. Ningún politólogo había hecho antes nada parecido.

Harold Lasswell (1902-1978), un joven prodigio de una pequeña ciudad de Illinois, puso brillantemente en práctica el interés de

[illegible] Merriam por la psicología política. Los logros que obtuvo siendo aún veinteañero y treintañero fueron extraordinarios. Entre 1927 y 1939 publicó seis libros, cada uno de los cuales era una innovación y exploraba nuevas dimensiones y aspectos de la política. El primero, *Propaganda Technique in the World War* (1927), introducía el estudio de la comunicación política (y lo seguiría una bibliografía anotada de la extensión de un libro llamada *Propaganda and Promotional Activities*), e identificaba la nueva literatura sobre comunicaciones, propaganda y relaciones públicas. El segundo libro, *Psychopathology and Politics* (1930), exploraba la «psicología profunda de la política» mediante historias de casos de políticos, algunos de los cuales eran perturbados mentales. El tercer libro, *World Politics and Personal Insecurity* (1935), especulaba sobre las bases y los aspectos psicológicos del comportamiento político individual, de distintos tipos de regímenes políticos y de diferentes procesos políticos. El cuarto libro, el célebre *Politics: Who Gets What, When and How* (1936), era una exposición sucinta de la teoría política general de Lasswell, que subrayaba la interacción entre las elites que competían por valores como «la renta, el respeto y la seguridad». En 1939 publicó *World Revolutionary Propaganda: A Chicago Study*, en el que, junto con Blumenstock, examinaba el impacto de la depresión mundial sobre los movimientos políticos de los desempleados de Chicago, elaborando un ejemplo de la interacción entre factores macro y micro en los distintos niveles –local, nacional e internacional– de la política. Lasswell también publicó unos veinte artículos en estos años en revistas como *The American Journal of Psychiatry*, *The Journal of Abnormal Psychology*, *Scientific Monographs*, *The American Journal of Sociology*, *The Psichoanalytical Review*, y otras parecidas. Fue el primer investigador de la interacción entre procesos fisiológicos y mental-emocionales que utilizó métodos de laboratorio. Publicó varios artículos durante estos años informando de los resultados de sus experimentos al relacionar actitudes, estados emocionales, contenido oral y condiciones fisiológicas, tal como aparecían reflejadas en registros de entrevistas, tasas de pulso, presión sanguínea, tensión de la piel, etc.

Mientras que Gosnell y Lasswell eran quienes llevaban adelante a tiempo completo la revolución de Chicago en el estudio de la ciencia política, los académicos más veteranos del departamento –incluyendo al propio Merriam, y a sus colegas Quincy Wright, en relaciones internacionales, y L. D. White, en administración pública– también estaban implicados de manera importante en la creación de la reputación de la Escuela de Chicago. Merriam (1931b) patrocinó y publicó una serie de libros sobre educación cívica en Estados Unidos y Europa, un precedente de los estudios contemporáneos de socialización y cultura políticas. Durante los mismos años, Quincy Wright (1942) llevó adelante su importante estudio sobre las causas de la guerra, que implicaba la comprobación de hipótesis sociológicas y psicológicas mediante métodos cuantitativos. Leonard White siguió con el problema de lord Bryce (1888) de por qué en América «los mejores hombres no entran en política». Su libro *The Prestige Value of Public Employment*, basado en una investigación mediante encuesta, apareció en 1929.

2. La Segunda Guerra Mundial y la revolución conductista de posguerra

La Escuela de Chicago continuó su alta productividad hasta los últimos años treinta, cuando la administración de la Universidad dirigida por Hutchins atacó el valor de la investigación empírica en las ciencias sociales. Varios de los catedráticos al frente del Departamento de Filosofía, incluyendo a George Herbert Mead y varios más de sus destacados «pragmatistas», dimitieron y se marcharon a otras universidades. En ciencia política, Lasswell y Gosnell dimitieron, y la jubilación de Merriam dejó la productividad del Departamento de Ciencia Política de Chicago prácticamente estancada. No obstante, la Escuela de Chicago había llegado a toda una masa que aseguró su futuro a lo ancho de todo el país. Herman Pritchett siguió su innovador trabajo en derecho público en la Universidad de Chicago; Lasswell continuó su trabajo en Yale, sirviendo de inspiración a Dahl, Lindblom y Lane en la transformación que

llevaron a cabo del departamento de Yale. V. O. Key Jr. formó en Harvard varias generaciones de estudiantes con interés por la investigación empírica y cuantitativa sobre partidos políticos, elecciones y opinión pública. David Truman y Avery Leiserson dieron un fondo teórico al estudio de los grupos de interés. William T. R. Fox, Klaus Knorr y Bernard Brodie y este autor y sus estudiantes llevamos las relaciones internacionales y la política comparada de la Universidad de Chicago a Yale, Princeton, Columbia, Stanford, el MIT y la Rand Corporation.

La Segunda Guerra Mundial se convirtió en un laboratorio y en una importante experiencia formadora para muchos de los académicos que diseminarían la «revolución conductista». Los problemas de cómo asegurar una alta tasa de producción agrícola e industrial con una fuerza de trabajo reducida, cómo reclutar y entrenar soldados de infantería, marina y aire, y, después, cómo licenciarlos y devolverlos a la vida civil, cómo vender bonos de guerra, cómo controlar el consumo y la inflación, cómo controlar la moral interna y las actitudes de los aliados y de los enemigos, crearon una demanda de profesionales de la ciencia social en todas las ramas de los servicios militares y civiles. El esfuerzo de la guerra creó grandes recursos de conocimiento experto en la ciencia social que, al acabar el conflicto, volvieron a nutrir las crecientes instituciones académicas de las décadas de posguerra.

En su trabajo para el Departamento de Justicia, Lasswell desarrolló un sistemático análisis cuantitativo de contenido para controlar el lenguaje de la prensa extranjera y estudiar la propaganda extranjera y aliada en Estados Unidos. Participó también junto con científicos sociales como Hans Speier, Goodwin, Watson, Nathan Leites y Edward Shils en el trabajo de una división de análisis del Servicio de Inteligencia de Predicción Extranjera de la Comisión Federal de Comunicaciones, que, entre otras cosas, analizó el contenido de las comunicaciones nazis para obtener información sobre las condiciones internas políticas y morales en Alemania y en la Europa ocupada. Las técnicas de investigación mediante encuestas, otras clases de métodos de entrevistas, técnicas estadísticas, especialmente la

teoría de muestreo, se desarrollaron para lidiar con los problemas relacionados con la guerra de los distintos servicios militares, los Departamentos de Agricultura, Tesoro y Justicia, y agencias tales como la Oficina de Administración de Precios y la Oficina de Información de Guerra. Se tuvo similarmente en cuenta a la antropología –que entonces estaba en su fase psiquiátrica-psicoanalítica– en el esfuerzo de guerra. Se buscaron las causas del fascismo, las razones de la quiebra política francesa, de las vulnerabilidades culturales de Rusia, Gran Bretaña y Estados Unidos, en la estructura familiar, la socialización de la infancia y los modelos culturales. La Oficina de Información de Guerra y el Departamento de Guerra aprovecharon el conocimiento experto en antropología y psicología de Ruth Benedict, Margaret Mead, Cora Dubois, Clyde Kluckhohn, Ernest Hilgard, Geoffrey Gorer y otros. Los psicólogos sociales y los sociólogos especializados en la investigación mediante encuestas y en la psicología social experimental –incluyendo a Rensis Likert, Angus Campbell, Paul Lazarsfeld, Herbert Hyman, Samuel Stouffer y Carl Hovland– fueron empleados por el Ejército, la Armada y la Fuerza Aérea para tratar con los problemas de personal, por el Departamento de Agricultura en su esfuerzo por aumentar la producción alimentaria, por el Tesoro en su esfuerzo para comercializar los bonos, y por los distintos servicios de inteligencia, la OSS incluida. La generación más joven de politólogos que trabajaba en estas agencias durante los años de la guerra experimentó algo así como un internado posdoctoral bajo la dirección de destacados académicos en las diversas disciplinas de la ciencia social.

El rápido crecimiento de la empresa académica en el mundo de la posguerra y la Guerra Fría aprovechó estas experiencias interdisciplinarias de la época de guerra. El currículo de la ciencia política y del personal de sus departamentos se expandió rápidamente como respuesta a esta concepción ampliada de la disciplina y de la difusión de la educación superior. En la mayor parte de los nuevos institutos de investigación de Yale, Princeton, Columbia, MIT, Harvard, se fomentó el estudio de las relaciones internacionales, estimulado por el importante papel americano en el mundo de la posguerra y la Guerra Fría, y de ahí pasó a las universidades del Medio Oeste y del Oeste en las décadas de los cincuenta y sesenta. A las viejas

[illegible] subespecialidades del derecho, organización e historia diplomática internacional, se le añadieron nuevas subespecialidades, como los estudios de seguridad, la economía política internacional, los estudios de opinión pública y cultura política, entre el personal de estos institutos de investigación y departamentos de ciencia política. Las nuevas naciones en vías de desarrollo de Asia, África, Oriente Medio y Latinoamérica, vistas ahora bajo la amenaza de una Unión Soviética agresiva, exigían especialistas de área y en procesos y problemas de desarrollo económico y político. Los departamentos de ciencia política se expandieron rápidamente para encontrar acomodo a estas nuevas especialidades de área y a los programas de relaciones internacionales.

Los especialistas de la investigación mediante encuestas de la *Segunda Guerra Mundial* se encontraron con una gran demanda. Las empresas querían saber cómo podían comercializar mejor sus productos; y los políticos querían conocer las susceptibilidades y las intenciones de sus electorados. De los modestos comienzos de los años treinta y cuarenta, el campo de la investigación de encuestas y de mercado estalló en las décadas de posguerra (Converse, 1987). Hubo elementos tanto académicos como de mercado en ese estallido. Las principales instituciones académicas que se implicaron en este desarrollo fueron: la Universidad de Michigan, con su Instituto de Investigación Social y su Centro de Investigación de Encuestas fundados por los psicólogos Rensis Likert, Angus Campbell y Dorwin Cartwright; la Oficina de Investigación Social Aplicada de Columbia, fundada por los sociólogos Paul Lazarsfeld y Robert Merton; y el Centro de Investigación de la Opinión Nacional de la Universidad de Chicago, encabezado en sus primeros años por el sociólogo Clyde Hart. Estas tres organizaciones produjeron en las décadas de posguerra una literatura y un profesorado que contribuyeron sustancialmente a la «revolución conductista».

Entre estos tres centros universitarios, la Universidad de Michigan se convirtió en el más importante en el reclutamiento y la formación de politólogos. Su Instituto de Investigación

Social estableció ya en 1947 un Instituto de Formación de verano en el uso de métodos de encuestas, abierto a jóvenes politólogos y científicos sociales en general. A lo largo de los años, este programa ha formado a cientos de politólogos americanos y extranjeros en las técnicas de investigación electoral y de encuesta. En 1961 estableció un Consorcio Interuniversitario para la Investigación Social y Política (ICPSR), sostenido por las universidades que lo suscribieron, y que mantiene un archivo rápidamente creciente de encuestas y otros datos cuantitativos. Este archivo ha servido como base de datos para un gran número de tesis doctorales, artículos en revistas eruditas y libros importantes que iluminan distintos aspectos del proceso democrático. Ha administrado su propio programa de formación de verano en métodos cuantitativos.

En 1977, el Centro de Investigación de Encuestas de Estudios Electorales se convirtió en el Centro de Estudios de Elecciones Nacionales Americanas, sostenido por una importante subvención de la Fundación Nacional de la Ciencia y al frente del cual se encuentra un consejo nacional independiente de supervisores que provienen de universidades americanas. Esta organización –radicada en el Centro de Estudios Políticos del Instituto de Investigación Social de la Universidad de Michigan, dirigido por Warren Miller, y con su Consejo de Supervisores presidido por Heinz Eulau de la Universidad de Stanford– ha dirigido con regularidad estudios de las elecciones nacionales, con la participación de toda la comunidad nacional de ciencia política y social, y sus hallazgos están disponibles para toda la comunidad académica (Miller, 1994; e *infra*, cap. 11).

Si podemos decir que la escuela de ciencia política de la Universidad de Chicago fue la iniciadora de la revolución científica en el estudio de la política en las décadas de entreguerras, con total seguridad el Instituto de Investigación Social de la Universidad de Michigan merece un importante crédito por la difusión de esa cultura científica durante las décadas de la posguerra, en la mayor parte de los centros académicos importantes en Estados Unidos y el extranjero. Varios cientos de jóvenes académicos se han formado en los métodos estadísticos y de encuesta en sus Intitutos de Formación de verano.

[illegible]
se han escrito muchísimos artículos y docenas de libros utilizando el material de su archivo; los estudios electorales de Michigan han servido de modelo para la investigación electoral sofisticada en el resto del mundo.

La difusión y el perfeccionamiento de la teoría política empírica implicaba algo más que la teoría y la técnica de la investigación electoral. Campos como las relaciones internacionales o la política comparada crecieron de forma tan rápida como el campo de la política americana, y su nueva etapa de crecimiento implicó su acercamiento a la cuantificación y a los enfoques interdisciplinares. Los centros universitarios más importantes de formación de tercer ciclo durante las décadas de posguerra –Yale, la Universidad de California en Berkeley, Harvard, las Universidades de Michigan, Wisconsin, Minnesota, Stanford, Princeton, MIT y otras– produjeron cientos de doctores en ciencia política para dotar de personal al creciente número de departamentos de ciencia política en los *colleges* y las universidades americanas y en muchos de países extranjeros. La mayoría de estos centros de formación de posgrado proporcionaron instrucción en métodos cuantitativos en las décadas posteriores a la Segunda Guerra Mundial (Sommit y Tanenhaus, 1967; Crick, 1959; Eulau, 1976).

Bajo el liderazgo de Pendleton Herring, desde los años cuarenta hasta los sesenta, el Consejo de Investigación de la Ciencia Social facilitó y enriqueció estos desarrollos a través de sus becas pre y posdoctorales y de sus programas de apoyo a la investigación. Dos de sus comités de investigación en ciencia política –el Comité de Comportamiento Político y el Comité de Política Comparada– tuvieron un papel destacado al difundir estas ideas y estas prácticas. El Comité de Comportamiento Político proporcionó dirección y apoyo a los estudios legislativos y electorales americanos. El Comité de Política Comparada destacó en el desarrollo y la sofisticación de los estudios de área y comparativos[14]. Aunque la mayoría de los que participaron en estos programas eran científicos sociales y politólogos americanos, en torno a una quinta parte de los participantes en los Congresos del Comité de Política Comparada durante los años 1954-1972 eran académicos extranjeros. Algunos de ellos –Stein Rokkan, Hans Daalder, Samuel Finer, Richard Rose, Giovanni Sartori, entre otros– fueron los líderes en Europa y en sus respectivos países de movimientos para expandir y mejorar la calidad del trabajo en la ciencia política y social.

[14] Para más detalles, véase especialmente su informe de 1972.

La disciplina de la ciencia política se fue convirtiendo durante estos años en una «profesión» moderna. Los departamentos de Ciencia Política, Gobierno o Política comenzaron a existir hacia el final del siglo XIX, cuando empezaron a formarse gracias a una alianza de historiadores, juristas y filósofos. En las primeras décadas del siglo XX, eran departamentos aislados en muchas universidades americanas. La Asociación Americana de Ciencia Política (APSA) se formó en 1903 con poco más de 200 miembros. Alcanzaba los 3.000 miembros al final de la Segunda Guerra Mundial, excedía de los 10.000 a mediados de los sesenta, y ahora agrupa a más de 13.000 miembros. La mayoría son profesores en instituciones de educación superior, organizados en un gran número de subespecialidades. Gran parte de los docentes e investigadores en ciencia política han obtenido el grado de doctor en alguno de los principales centros de formación de posgrado. Normalmente, lo que se exige para ese título incluye la superación de exámenes sobre la materia y metodológicos y la realización de un proyecto de investigación importante. La reputación académica se basa en la publicación de libros y artículos que superan el examen de otros miembros de la profesión. El ascenso en el rango académico exige generalmente la revisión por parte de evaluadores externos que son especialistas en el campo en que trabaja el candidato. Hay docenas de revistas de ciencia política que están especializadas por áreas y reguladas por procesos de evaluación de los artículos propuestos a cargo de miembros de la profesión.

El medio siglo transcurrido desde el final de la Segunda Guerra Mundial en la formación y la investigación en ciencia política ha generado una importante profesión académica, con muchas subespecialidades, y ha hecho grandes contribuciones sustantivas a nuestro conocimiento y comprensión de la política en todas sus manifestaciones. La investigación de los

estudios de área en la Europa occidental y oriental, el este, el *sudeste y el sur de Asia, el Oriente Medio, África y Latinoamérica*, llevada a cabo por, literalmente, miles de académicos formados, organizados en centros de «estudios de área» en muchas universidades y *colleges*, con sus propias organizaciones y revistas profesionales, ha producido bibliotecas enteras de monografías informadas y a menudo sofisticadas.

Una visión rápida y selectiva de los programas sustantivos de investigación puede ayudarnos a apreciar este crecimiento del conocimiento político. Ya hemos descrito la difusión y la sofisticación de la investigación electoral. El éxito de sus predicciones es comparable al de la meteorología o la sismología. Hemos hecho grandes progresos en nuestra comprensión de la cultura política, acerca de sus efectos sobre las instituciones políticas y su funcionamiento, así como de las subculturas de las elites importantes y de otros grupos sociales. Los ejemplos de la investigación mediante encuesta incluyen el trabajo de Gabriel Almond, Sidney Verba, Alex Inkeles, Ronald Inglehart, Samuel Barnes y Robert Putnam[15]. Ejemplos de estudios más analítico-descriptivos de la cultura política en la obra de Lucian Pye (1962, 1985, 1988; Pye y Verba, 1965). Nuestra comprensión de la participación política ha alcanzado un alto nivel a través de una serie de estudios llevados a cabo en las últimas décadas por Verba y sus asociados[16].

En las primeras décadas del período de posguerra, Talcott Parsons y otros desarrollaron marcos «sistémicos» para la comparación de distintos tipos de sociedades e instituciones, apoyándose en el trabajo de teóricos sociológicos europeos como Weber y Durkheim[17]. Sirviéndose de éstas y de otras fuentes, David Easton fue pionero en introducir el concepto de <sistema> en la ciencia política.

[15] Almond y Verba, 1963; Verba, 1987; Inkeles y otros, 1950, 1959, 1974; Inglehart, 1977, 1990; Barnes y Kaase *et al.*, 1979; Putnam, 1973, 1993.

[16] Verba y Ahmed, 1973; Verba y Nie, 1972; Verba, Nie y Kim, 1978; Schlozman y Verba, 1979; Schlozman, Verba y Brady, 1995.

[17] Parsons, 1951; Parsons y Shils, 1951; Parsons y Smelser, 1956.

(Almond y Coleman, 1960; Almond y Powell, 1966).

Con los métodos estadísticos agregados, hemos mejorado enormemente nuestra comprensión de los procesos de modernización y democratización[18] y del funcionamiento gubernamental[19]. Se ha alcanzado un significativo progreso en nuestra comprensión de los grupos de interés y de los fenómenos «corporatistas»[20], y en nuestra apreciación de la importancia clave de los partidos políticos en el proceso democrático[21].

Se han explorado y codificado teorías de la representación y del comportamiento y el proceso legislativo en los estudios de Eulau, Wahlke, Pitkin y Prewitt[22]. A partir del estudio de organizaciones gubernamentales, Herbert Simon, James March y otros, han creado un nuevo campo interdisciplinar de teoría de la organización que es aplicable a todas las organizaciones de gran escala, incluidas las corporaciones de negocios[23]. La investigación sobre políticas públicas, pionera al mismo tiempo en Europa y Estados Unidos, ha despegado en décadas recientes y promete el desarrollo de una nueva economía política[24].

La teoría de la democracia ha avanzado significativamente gracias a la obra de Robert Dahl, Arend Lijphart y Giovanni Sartori[25]. La de la democratización ha sido desarrollada por Juan Linz, Larry Diamond, Phillipe Schmitter, Guillermo O'Donnell, Samuel Huntington y otros[26]. La dedicación de toda su vida por parte de Robert Dahl al estudio de la democracia es un ejemplo cómo la teoría política empírica y la normativa pueden enriquecerse mutuamente (Dahl, 1989).

[18] Lerner, 1958; Deutsch, 1961; Lipset, 1959, 1960, 1994; Diamond y Plattner, 1993.

[19] Hibbs, 1978; Cameron, 1978; Alt y Chrystal, 1983.

[20] Goldthorpe, 1978; Schmitter y Lehmbruch, 1979; Berger, 1981.

[21] Lipset y Rokkan, 1967; Sartori, 1976; Lijphart, 1968, 1984; Powell, 1982.

[22] Wahlke y Eulau, 1962, 1978; Eulau y Prewitt, 1973; Eulau, 1993; Pitkin, 1967.

[23] Simon, 1950, 1953, 1957; March y Simon, 1958; March, 1965, 1988.

[24] Wildavsky, 1986; Flora y Heidenheimer, 1981; Heidenheimer, Heclo y Adams, 1990; Castles, 1989.

[25] Dahl, 1956, 1961, 1966, 1970, 1971, 1973, 1982, 1985; Lijphart, 1968, 1984, 1994; Sartori, 1987.

[26] Linz y Stepan, 1978; Diamond y Plattner, 1993; Schmitter, O'Donnell y Whitehead, 1986; Huntington, 1991.

Aunque hemos subrayado el crecimiento y la difusión de la ciencia política empírica, explicativa y cuantitativa, también ha habido «progreso» en las ramas más antiguas de la disciplina. Las proposiciones y las especulaciones de los historiadores políticos, los filósofos políticos y los académicos juristas se han basado cada vez más en la mejora de la metodología académica (rigurosa acumulación de información y refinamiento en la lógica del análisis y de la inferencia). La historia política comparada ha hecho importantes contribuciones a la teoría del Estado, las instituciones políticas y las políticas públicas (Moore, 1966; Skocpol, 1979, 1984). Harry Eckstein y Alexander George han refinado la metodología de los estudios de casos, aumentando el rigor de los estudios históricos en política comparada y en política exterior[27]. Se ha mejorado y refinado la metodología de la comparación gracias a la obra de Almond y sus colaboradores, Adam Przeworski y James Teune, Arend Lijphart, Neil Smelser, Mattei Dogan, David Collier, y Gary King, Robert Keohane y Sidney Verba[28].

Con la obra de Rawls, Nozick, Barry, Walzer, Fishkin, etc., la filosofía política normativa ha conocido un progreso sustancial al que no han sido ajenos totalmente los estudios empíricos[29]. En la reciente edición de *Political Science: The State of the Discipline II* (1993), William Galston señala que la filosofía y la teoría políticas están moviéndose en la dirección de una mayor confianza en la evidencia empírica, la mayor parte de la cual proviene de la investigación en ciencia política y en las demás disciplinas de la ciencia social. Galston urge a los teóricos políticos a emprender la tarea de codificar los hallazgos de la investigación empírica en lo que tengan que ver con la filosofía política, como han hecho Robert Dahl (1956), Denis Thompson (1970) y James Q. Wilson (1993)

[27] Sobre la metodología, véase Eckstein, 1975 y George y McKeown, 1982. Para sus aplicaciones, véase George y Smoke, 1974; George, 1980; George *et al.*, 1983; George y Simons, 1994.

[28] Almond y Coleman, 1960; Almond, Flanagan y Mundt, 1973; Przeworski y Teune, 1970; Lijphart, 1971; Smelser, 1976; Dogan y Pelassy, 1990; Collier, 1993; King, Keohane y Verba, 1994.

[29] Rawls, 1971; Nozick, 1974; Barry, 1970; Walzer, 1983; Fishkin, 1992.

La evaluación de Martin Shapiro (1993) sobre el estudio contemporáneo de los tribunales y el derecho público urge igualmente una mayor integración de los estudios legales y la ciencia política procesal e institucional. La ciencia política sin análisis jurídico pierde seriamente poder explicativo; y el análisis jurídico sin el contexto político procesal e institucional es formalista y estéril. La obra de Shapiro y la del grupo cada vez más numeroso de estudiosos de los tribunales y el derecho público demuestra la validez de esta proposición (véase Drewry: cap. 6).

Así, nuestra aproximación a la historia de la ciencia política incluye el progreso alcanzado en las subdisciplinas más tradicionales, medido con los mismos criterios. Cuando el estudio de la política se ha visto afectado por la revolución científica del último siglo, la respuesta de la disciplina de la ciencia política ha sido plural y ambivalente. Algunas partes de la disciplina respondieron antes a tales desafíos; y algunas otras veían la cara de la ciencia carente de toda compasión y empatía y como una amenaza para un conocimiento humano. No debería pasarse por alto el temor a quedarse obsoleto generado por la introducción de la estadística, las matemáticas y el virtuosismo diagramático. Pero las generaciones más jóvenes entre los cultivadores de la historia, la filosofía y el derecho políticos han superado esas ansiedades, han descubierto los puntos vulnerables y los defectos del enfoque conductista, han desarrollado su propio arsenal de mistificaciones, y han demostrado ser tan competentes en las fintas como sus hermanos conductistas.

3. La ciencia política en Europa

Aunque la ciencia política tuvo sus orígenes y su primer desarrollo en el mundo mediterráneo de la Antigüedad y en la Europa del Medievo católico, el Renacimiento, la Reforma, la Ilustración y el siglo XIX[30], se trató de un asunto de intelectualidad individual (aunque fuera en marcos institucionales como las academias griegas o las universidades europeas del

[30] Y, por supuesto, en la Antigüedad india (Rangavajan, 1987) y en el Islam medieval (Rabi, 1967).

...academias griegas o las universidades europeas del *Medievo y después)*. Muchos de los primeros filósofos y teóricos políticos funcionaban como académicos a tiempo parcial dentro de la Iglesia –en su burocracia o sus órdenes–, eran mantenidos por patronos reales o aristocráticos, o eran ellos mismos aristócratas o gente adinerada. En el siglo XIX, con el crecimiento de las universidades europeas, los estudios sobre el Estado, la administración, la política y las políticas públicas se llevaban a cabo cada vez más en las universidades. Hasta hace poco, la unidad típica de las universidades europeas consistía en una cátedra profesoral ocupada por un académico individual, al que rodeaba un grupo de docentes de menor rango y ayudantes. En las décadas de posguerra algunas de estas cátedras universitarias fueron ampliadas hasta formar departamentos con un número de profesores con distintas especialidades de docencia e investigación.

Un reciente número del *European Journal of Political Research* (Vallès y Newton, 1991) está dedicado a la historia de posguerra de la ciencia política en Europa occidental. El artículo introductorio de los editores argumenta que el progreso de la ciencia política en Europa ha estado asociado a la democratización –por razones obvias– y a la emergencia del Estado de bienestar, porque un Estado intervencionista, abierto y penetrador requiere grandes cantidades de información sobre los procesos y el funcionamiento políticos. Aunque reconocen que el impacto de la ciencia política americana sobre la europea ha sido muy sustancial, señalan el hecho de que ya había una tradición de estudios electorales «conductistas» en Europa antes de la Segunda Guerra Mundial (Siegfried, 1930), con Duverger ([1]1951, 1976) en Francia y Tingsten ([1]1937, 1963) en Suecia. Las grandes figuras del XIX y comienzos del XX en las ciencias sociales que inspiraron los desarrollos creativos en América eran europeos, como ya hemos sugerido. Richard Rose (1990) señala que, aunque los grandes desarrollos de la moderna ciencia política tuvieron lugar en Estados Unidos después de la Segunda Guerra Mundial, los fundadores de la ciencia política americana –los Woodrow Wilson, los Frank Woodnow, los Charles Merriam– obtuvie-

ron sus licenciaturas o hicieron estudios de doctorado en universidades europeas, principalmente en las alemanas. El aprendizaje, la cultura y la destreza profesional estaban concentradas en el viejo mundo, que quedó mermado cuando se desplazaron al oeste. En el período anterior a la Primera Guerra Mundial, los académicos americanos aún se veían a sí mismos como provincianos. En los años de entreguerras, y en un centro tan innovador como la Universidad de Chicago, Merriam urgía aún a sus estudiantes más prometedores a que pasasen un año de posgrado en Europa y les proporcionaba ayuda financiera para ello.

Las conquistas del nazismo y el fascismo y la devastación de la Segunda Guerra Mundial interrumpieron la vida universitaria en la Europa continental durante casi una década. Buena parte de la ciencia social alemana se trasplantaría efectivamente a Estados Unidos, donde contribuyó al esfuerzo de guerra americano y enriqueció la investigación y la docencia americana en sociología, psicología y ciencia política. Había todo un claustro de «exiliados» en la Nueva Escuela de Ciencia Social de Nueva York; y apenas había alguna universidad importante sin uno o más catedráticos «exiliados» en sus profesorados de ciencia social. Académicos como Paul Lazarsfeld, Kurt Lewin, Wolfgang Kohler, Hans Speier, Karl Deutsch, Hans Morgenthau, Leo Lowenthal, Leo Strauss, Franz Neumann, Henry Ehrmann, Otto Kirchheimer, Herbert Marcuse, hicieron importantes contribuciones a la revolución conductista en Estados Unidos, así como a las distintas tendencias que la atacaron. Por consiguiente, la ciencia política que se importó en Europa tras la Segunda Guerra Mundial era en parte el producto de una raíz de ciencia política que originariamente provenía de Europa.

En las primeras décadas tras la Segunda Guerra Mundial, cuando se renovaba la planta física de Europa y se volvían a levantar sus instituciones y a dotarlas de personal, lo novedoso en las ciencias sociales era mayoritariamente de origen americano. La ruptura con el legalismo y con el enfoque histórico en el estudio de las instituciones de gobierno, los partidos políticos y las elecciones, los grupos de interés, la opinión y la comunicación política, se había llevado a cabo en las univer-

sidades y los centros de investigación americanos. Junto al Plan Marshall para la destrozada economía europea, los académicos americanos se convirtieron, con el respaldo de algunas fundaciones filantrópicas americanas, en misioneros que renovaron la academia europea y difundieron los enfoques empíricos y cuantitativos americanos. Jóvenes académicos europeos, ayudados por becas de la fundación Rockefeller o de otras fundaciones, vinieron por docenas a las universidades americanas. Algunos programas de investigación radicados en América –el Comité SSRC de política comparada, los estudios electorales de la Universidad de Michigan, los estudios de Inglehart sobre valores políticos– buscaron colaboradores europeos, los formaron y, con frecuencia, los financiaron.

Esta dependencia desequilibrada sólo duraría un corto período de tiempo. La academia y las tradiciones en ciencias sociales tenían raíces demasiado profundas en las culturas nacionales europeas como para quedar completamente destruidas en el período nazi. Hacia los años sesenta, las viejas universidades se habían reconstruido y se habían fundado muchas nuevas. Las voces europeas estaban contribuyendo cada vez más a la producción más importante de la investigación en ciencias sociales. El Comité de Sociología Política de la Asociación Internacional de Sociología (ISA), aunque combinase los esfuerzos americanos con los europeos, era predominantemente europeo en cuanto a participación. Su impacto en Europa fue tan grande como el que antes había tenido el Comité Americano de Política comparada. Los estudios comparativos europeos, como el proyecto de las pequeñas democracias europeas llevado a cabo por Dahl, Lorwin, Daalder y Rokkan, contribuyeron al desarrollo del profesionalismo en la ciencia política europea. El Centro de Investigación de Encuestas de la Universidad de Michigan comenzó su activo papel en el desarrollo de la investigación electoral sofisticada en Europa con un estudio sobre Inglaterra a comienzos de los sesenta, al que seguirían otros países europeos. Cada estudio electoral nacional dejaba un cuadro de profesionales formados que seguirían en futuro trabajo de la investigación electoral.

En 1970 se fundó un Consorcio Europeo para la Investigación Política (ECPR) con fondos de la Fundación Ford (Rose, 1990), que tenía una agenda similar a la de los comités de ciencia política del Comité americano de Investigación en Ciencias Sociales (SSRC). Suministraba fondos para el establecimiento de un programa de formación en metodología de las ciencias sociales a través de una escuela de verano (situada en la Universidad de Essex), de seminarios de trabajo sobre temas de investigación determinados celebrados en distintos centros nacionales, de proyectos de investigación conjuntos. Entre las actividades que ha promovido se encuentran un Archivo de Datos y una revista profesional, *The European Journal of Political Research*. La afiliación al ECPR se hace a través de un departamento o institución. En 1989, el ECPR contaba con 140 departamentos afiliados. En 1985, el Directorio de Politólogos Europeos no llegaba a los 2.500 miembros. La fuerza de la ciencia política en los distintos países europeos queda reflejada por el número de departamentos nacionales afiliados al ECPR. De los 140 miembros de 1989, 40 eran del Reino Unido, 21 de Alemania, 13 de Holanda, 11 de Italia y 5 de Francia (Rose, 1990, p. 593). La influencia de la ciencia política americana en la ciencia política europea e internacional se refleja hasta cierto punto por el número de afiliados extranjeros a la Asociación Americana de Ciencia Política (APSA), suscriptores, por tanto, del *American Political Science Review:* Reino Unido, Alemania y Japón tienen bastantes más de cien miembros cada uno; Israel, Corea del Sur y Holanda tienen unos cincuenta miembros cada uno; Noruega, Suecia y Taiwán tienen unos treinta miembros; Francia tiene 27 (APSA, 1994, pp. 327 ss.).

En los años noventa, organizada en la Asociación Internacional de Ciencia Política (IPSA), en varias organizaciones nacionales y de extensión geográfica más reducida, así como en distintas especializaciones funcionales, estaban globalmente bien establecidas tanto la profesión de la ciencia política como una concepción común sobre la academia.

IV. Perspectivas opuestas de la historia disciplinar.

Se puede dividir en cuatro grupos a los que no estarían de acuerdo con esta visión ecléctica y de progreso sobre la historia de la ciencia política. Están quienes rechazan la noción de una ciencia política en progreso, ya sea desde una perspectiva anticientífica (los straussianos) o desde una perspectiva poscientífica deconstructiva. Y están los que rechazan el eclecticismo de nuestra posición. Dentro de éstos están los marxistas y neomarxistas, que sostienen que las leyes fundamentales de la sociedad humana han sido descubiertas por Marx y sus asociados y que estas leyes muestran que los procesos históricos, económicos, sociales y políticos, así como las acciones humanas que tienen efectos sobre estos procesos, constituyen una unidad inescindible, por lo que los marxistas rechazarían tanto la visión de progreso como el eclecticismo de nuestra aproximación. El segundo grupo que rechaza el eclecticismo metodológico de nuestro enfoque son los maximalistas dentro de los politólogos de la «elección racional», cuya visión de la historia disciplinar culmina en una etapa parsimoniosa, reductiva y matemático-formal.

a) Anticiencia

La versión straussiana de la historia de la ciencia política se remonta a las polémicas intelectuales alemanas de finales del XIX y comienzos del XX. Como el joven doctor alemán que era en los años inmediatamente posteriores a la Primera Guerra Mundial, Leo Strauss compartía la admiración general hacia Max Weber por «su intransigente devoción hacia la honestidad intelectual [...], su devoción apasionada hacia la idea de la ciencia» (Strauss, 1989, p. 27). En su camino hacia el norte desde Friburgo, donde había asistido a las clases de Heidegger en 1922, Strauss dice de sí mismo que experimentó una desilusión damasquina con Weber y una conversión al existencialismo heideggeriano. La manera en la que Strauss enfrentó el pesimismo de la visión heideggeriana de la naturaleza del

<ser> fue mediante una filosofía política afirmativa, que buscase la forma justa de gobierno y de sociedad a través de la

la forma justa de gobierno y de sociedad a través de la recuperación de los grandes ejemplos del canon de la filosofía política, a través del diálogo y la deliberación, y a través de la educación de una elite cívica.

De acuerdo con Strauss, Weber era la figura intelectual problemática que legitimaba la ciencia social positivista moderna, su separación de hechos y valores, su «neutralidad ética», su esfuerzo por estar «libre de valores». Strauss atribuye a Max Weber la creencia de que todos los conflictos de valores son irresolubles. «La creencia de que los juicios de valor no están sujetos, en última instancia, al control racional, alienta la inclinación a hacer afirmaciones irresponsables con respecto al bien y al mal, a lo correcto y a lo incorrecto. Se evita la discusión seria de los asuntos serios por el simple mecanismo de hacerlos pasar como problemas de valor». Esta búsqueda de la objetividad produce una:

> [...] emancipación de los juicios morales [...], una obtusidad moral [...]. El hábito de mirar los fenómenos sociales o humanos sin hacer juicios de valor tiene una influencia corrosiva sobre cualquier clase de preferencias. Cuanto más serios seamos como científicos sociales, más plenamente desarrollamos en nosotros mismos un estado de indiferencia hacia cualquier meta, o de displicencia y deriva, un estado que puede denominarse nihilismo.

Un poco después matizaría esta afirmación, «El positivismo de la ciencia social fomenta no tanto el nihilismo, como el conformismo y el "filisteísmo"» (Strauss, 1959, pp. 21 ss.).

Strauss y sus seguidores han extendido este ataque a Weber a las ciencias sociales contemporáneas, y en particular a las tendencias «conductistas» de la ciencia política, a las que se dice que fueron inspiradas por Weber. A diferencia de esta ciencia social «positivista», weberiana, Strauss presenta un modelo de «ciencia social humanista», en la que el académico está comprometido íntima y apasionadamente en un diálogo con los grandes filósofos políticos sobre el significado de las ideas y los ideales centrales de la política: la justicia, la libertad, la obligación

y demás. La historia de la ciencia política que los straussianos ofrecen en lugar de la aquí presentada carácter

[illegible] en lugar de [illegible] caracteri-
za a la ciencia política «conductista» contemporánea como el *producto de una herejía que tomó forma palpable en el siglo XIX y fue definitivamente formulada en la obra de Max Weber de principios de este siglo*[31].

La caracterización que hacen de Weber como el arqueo-positivista y el separador de hechos y valores, y de la ciencia política «conductista» como seguidora de este erróneo curso de la «neutralidad ética», está equivocada tanto con respecto a Max Weber como con respecto a la mayor parte de los practicantes contemporáneos de la así llamada ciencia política conductista. Los puntos de vista de Weber sobre la relación entre «hechos y valores» son mucho más complejos e implican una preocupación mucho más profunda por los asuntos de valores, que la caricatura que aparece en los escritos de Strauss y sus discípulos. Llamamos la atención sobre dos contextos en los que Weber trata estas cuestiones: su conferencia «La política como vocación» (1949) y su ensayo sobre «La objetividad en la ciencia social» (1958). En la conferencia «La política como vocación», se refiere a dos tipos de acción política éticamente orientada: la ética de los fines absolutos y la ética de la responsabilidad *(Gesinnungsethik und Verantwortungsethik)*. Poco más podría contribuir la ciencia a la ética de los fines absolutos que examinando la adecuación de los medios a los fines. Puesto que el fin elegido es sagrado o absoluto, no puede haber una análisis del coste de oportunidad de las consecuencias de perseguir ese fin en lugar de otros. Pero si se adopta un punto de vista racionalmente responsable del efecto de los medios sobre los fines, el análisis científico hace posible un análisis del «coste de oportunidad» de la acción política, es decir, cómo una elección determinada de política o acción puede, por un lado, transformar el fin que se persigue y, por otro, imposibilitar la elección de otras opciones. «De esta forma podemos», dice Weber (1949, p. 152), «estimar las oportunidades que tene-

[31] Para captar todo el sabor del desafío straussiano, véanse los ensayos que aparecen en Storing (1962) y el debate que generaron en el *American Political Science Review* (Schaar y Wolin, 1963; Storing *et al.*, 1963).

mos de lograr cierto fin mediante ciertos medios dispon[ibles] [...], podemos criticar la elección de ese mismo fin como sensato en la práctica [...] o como un sin sentido a la vista de las condiciones existentes». Al elaborar su argumento sobre las formas en las que los medios pueden tener efectos «no intencionados» sobre los fines, Weber (1958, p. 152) dice:

> [...] podemos responder la pregunta: qué «costará» el logro del fin deseado en términos de una pérdida predecible de otros valores. Puesto que en la gran mayoría de los casos, cada meta por la que nos esforzamos «cuesta» [...] algo en este sentido, el peso de la meta en términos de consecuencias no intencionadas no puede omitirse de la deliberación de personas que obran con un sentido de la responsabilidad [...]. [La ciencia puede hacer que uno] se dé cuenta de que toda acción, y naturalmente toda inacción, implica entre sus consecuencias la adhesión de ciertos valores y [...], lo que con tanta frecuencia se pasa por alto, el rechazo de otros.

Pero junto a este análisis doble de medios-fines, Weber (*ibidem)* señala que la ciencia nos puede capacitar para clarificar nuestras metas y comprender su significado. «Lo logramos al hacer explícitas y al desarrollar de manera lógicamente consistente las "ideas" que [...] subyacen en el fin de que se trate. Es evidente por sí mismo que una de las tareas de cualquier ciencia de la vida cultural es llegar a una comprensión racional de estas "ideas" por las que los hombres [...] luchan».

«Pero», continúa Weber, «el tratamiento científico de los juicios de valor puede no sólo comprender y analizar con empatía los fines deseados y los ideales que les subyacen; también puede juzgarlos críticamente» de acuerdo con su consistencia interna. «La elevación de estos modelos últimos [...] al nivel de la explicitación es lo máximo que puede hacer el tratamiento científico de los juicios de valor sin entrar en el campo de la especulación [...]. Una ciencia empírica no puede decirle a nadie lo que debería hacer sino, más bien, lo que puede hacer y –bajo ciertas circunstancias– lo que desea hacer» *(ibidem)*.

La realidad de la formulación weberiana del problema de los hechos y los valores está tan alejada de la caricatura straus-

siana, como la representación que hacen del estado de la ciencia política empírica contemporánea. Por consiguiente, rechazamos la visión de la historia de la disciplina que subyace en la perspectiva straussiana. Por otro lado, incluiríamos buena parte de la obra sustantiva de estos teóricos políticos –y del propio Strauss– en la obra que recogemos en la aproximación ecléctica y progresiva que ofrecemos aquí, en tanto que ha aumentado el conjunto de las inferencias deducidas lógicamente sobre la política a partir de cúmulos fiables de evidencia.

b) Posciencia, posconductismo

Entre los politólogos contemporáneos, se da la opinión prevaleciente, quizá predominante, de que la historia de la disciplina se encuentra ahora en su fase «pospositivista, poscientífica, posconductista». Saxonhouse (1993, p. 9) habla de:

> [...] el fallecimiento del positivismo y de las exigencias de verificación como la única instancia filosófica de las ciencias humanas, con el rejuvenecimiento del discurso normativo en una sociedad preocupada por los peligros de una ciencia desatada [...]. Los politólogos en general y los teóricos políticos en particular ya no desean adoptar acríticamente la distinción de hecho y valor que controló las ciencias sociales durante generaciones.

Sobre este tema insiste una pequeña subdisciplina de la ciencia política que se especializa en la «historia de la ciencia política». David Ricci, en un libro de 1984 llamado *The Tragedy of Political Science*, sostiene que la ingenua creencia en una «ciencia» política que había aparecido en la ciencia política americana de los años veinte a los sesenta, quedó completamente desacreditada en los desórdenes de los sesenta y los setenta. Concluye que la ciencia política como ciencia empírica sin la inclusión sistemática de valores y alternativas éticos y morales, y sin un compromiso con la acción política, está condenada a la desilusión. La ciencia política tiene que ... ar partido o convertirse en un campo de estudio (preciosista) irrelevante. De modo incluso más duro, Raymond Seidelman (1985) rechaza el profesionalismo en la ciencia política, sosteniendo que la ciencia política moderna tiene que servir de puente que una la separación entre conocimiento y acción, «si estos engaños [profesionales] pretenden transformarse en nuevas realidades democráticas».

Ha habido un intercambio sustancial de ideas sobre la «identidad» y la historia de la ciencia política en la década que separa las dos ediciones del libro de Ada Finifter, *Political Science: State of the Discipline* (1983, 1993). En la primera, John Gunnell (1983, pp. 12 ss.) presenta un dibujo de la historia de la ciencia política marcado por la revolución «científica» de mitad de siglo, entre los años veinte y los setenta, seguida de una período postempirista que llega hasta el presente. En la segunda edición, Arlene Saxonhouse (1993) hace el comentario sobre el «fallecimiento del conductismo» citado arriba. En el intervalo entre estos dos volúmenes, ha habido un mayor intercambio de opiniones en la *American Political Science Review* entre un grupo de historiadores de la ciencia política. En un artículo que apareció en el número de diciembre de 1988, «History and Discipline in Political Science», John Dryzek y Stephen Leonard (1988, p. 1256),

> [...] concluyen que no hay una instancia neutral para evaluar, aceptar o rechazar las identidades disciplinares. Más bien, los modelos sólo pueden surgir de los conflictos y los debates en el seno de y entre tradiciones de investigación. Es en el conflicto y en el debate donde cristaliza la relación entre la historia disciplinar y la identidad [...]. La pluralidad va a ser la esencia de, en lugar de un obstáculo para, el progreso de la ciencia política.

La opinión que aquí se expresa es la de que habrá tantas historias disciplinares como «identidades disciplinares» hay, y que no existe una forma «neutral» de escoger entre ellas. Bajo el título general de «Can Political Science History be Neutral?» (Dryzek *et al.*, 1990), apareció todo un frenesí de

respuestas a esta aproximación pluralista a la historia de la ciencia política. Las contribuciones de James Farr, John Gunnell y Raymond Seidelman aparecían acompañadas de una réplica de Dryzek y Leonard. Los tres primeros apoyan la visión «pluralista» de la historia disciplinar expresada por Dryzek y Leonard, aunque con algunas matizaciones. En dos colecciones recientes de artículos que se ocupan de la historia de la ciencia política, James Farr y sus asociados (Farr y Seidelman, 1993; Dryzek, Farr y Leonard, 1995) codifican esta perspectiva pluralista.

Debemos concluir de estos intercambios que, al menos entre este grupo de autores contemporáneos sobre la historia de la ciencia política, hay un consenso «deconstruccionista, posmoderno», que sostiene que no hay un canon privilegiado de ciencia política. Mientras que cada una de las escuelas competidoras más importantes sobre la historia de la ciencia política –la así llamada perspectiva «conductista» o de «ciencia» política, las perspectivas anti y poscientíficas, y la marxista y la de la elección racional– pretenden ser la única aproximación válida a la historia disciplinar, este consenso sostiene que ninguna de ellas constituye una pretensión válida. Nuestra explicación del crecimiento del conocimiento político, definido como la capacidad para deducir inferencias lógicas sensatas a partir de un creciente conjunto de evidencias fiables, al que estos «historiadores» de la ciencia política se refieren como «neopositivismo», sería sólo una entre varias explicaciones, ninguna de las cuales tendría una pretensión especial de validez.

El tratamiento que hemos hecho en este capítulo avanza y demuestra en su aproximación histórica que de hecho hay una versión «privilegiada» de nuestra historia disciplinar y que ésta es una historia de progreso, medido por el aumento del conocimiento basado en la evidencia y la inferencia. Incluiría la obra de las escuelas rivales, en la medida en que satisface estos criterios. Excluiría las pretensiones y las proposiciones que no se basan en la evidencia o que no son falsables mediante el análisis lógico y la evidencia. De hecho, el hilo privilegiado de nuestra historia disciplinar es la práctica académica rigurosa y objetiva.

c) Integrismo y maximalismo: antipluralismo.

1. Teoría y praxis

Hay varias escuelas que desafiarían la aproximación a la historia de la ciencia política como el progreso de la práctica académica «objetiva», sobre la base de que la objetividad es imposible de alcanzar y, si se la busca, conduce al «cientifismo» y al mantenimiento del *statu quo*. Desde este punto de vista, hay que renunciar incluso a la búsqueda de la objetividad profesional. Hay que tomar partido político y emplear conscientemente la práctica académica al servicio de buenas metas políticas. Para las distintas escuelas neomarxistas, esto significaba enganchar la práctica académica al socialismo.

En la historia de la academia marxista hubo un momento en el que una rama de esta tradición rechazó este punto de vista dialéctico de la academia. En *Ideología y utopía*, Karl Mannheim concluía que era posible la objetividad en la ciencia política. «La cuestión de si es posible una ciencia de la política y de si debe enseñarse, tiene que –si resumimos todo lo que hemos dicho hasta aquí– responderse afirmativamente». Mannheim atribuye a Max Weber la demostración de que es posible una práctica académica objetiva en la ciencia social (Mannheim, 1949, p. 146). Pero aunque la objetividad llega a ser posible para Mannheim, esta capacidad sólo es probable que sea desarrollada «por un estrato relativamente desclasado que no está situado demasiado firmemente en el orden social [...]. Este estrato desvinculado relativamente desclasado es, para usar la terminología de Alfred Weber, la "*intelligentsia* socialmente desligada"» (1949, p. 171). Para la academia contemporánea de la ciencia política, el «profesionalismo» ha ocupado el lugar de la «*intelligentsia* desligada» de Mannheim como garantía del deber de búsqueda de la objetividad (profesionalismo en el sentido de pertenencia a asociaciones profesionales, acreditación y revisión por otros miembros de la profesión en el reclutamiento y la práctica académica, etc.). En el momento en que Weber y Mannheim presentaban estas ideas, las asociaciones profesionales en las ciencias sociales y, en particular, en la ciencia política y la sociología se encontraban en su infancia. Y es interesante que precisamente sea esta noción

la búsqueda de la objetividad a través del profesionalismo la que continúe siendo el objetivo tanto de los neomarxistas contemporáneos como de otros críticos de «izquierda».

Esta polémica contra la «neutralidad ética» y la «búsqueda de la objetividad» ha sido llevada a cabo desde distintas perspectivas. La Escuela de Frankfurt, de la que nació la «teoría crítica» –inspirada por el teórico marxista Lukács y dirigida por Max Horkheimer, Theodor Adorno, Herbert Marcuse y, en la actualidad, por Jürgen Habermas–, mantiene que la investigación política es un aspecto

> [...] de una situación total capturada en el proceso de cambio social [...] Los positivistas no comprenden que el proceso de conocimiento no puede separarse de la lucha histórica entre los humanos y el mundo. La teoría y la labor teórica están entremezclados en los procesos de la vida social. El teórico no puede mantenerse al margen, contemplando, reflexionando y describiendo pasivamente la «sociedad» o la «naturaleza» (Held, 1980, pp. 162 ss.).

Una reciente formulación de Habermas (1992, pp. 439 ss.) reafirma esta perspectiva de la unidad entre la teoría y la «praxis». La influencia de este punto de vista queda reflejada por la penetración profunda de visiones similares en los estudios de área sobre Latinoamérica, África y otras, bajo el nombre de «teoría de la dependencia», durante los años setenta y ochenta (Packenham, 1992).

¿Cómo podemos tratar a la academia marxista y neomarxista en esta aproximación ecléctica y progresiva de la historia de la ciencia política? De hecho, esta literatura es muy considerable, alcanzando muchos cientos de volúmenes y un enorme número de artículos eruditos. Un ejemplo del muy importante lugar que parte de esta obra debe tener en la historia de la ciencia política son los importantes estudios de base empírica sobre clase y política que fueron en gran medida el producto de los académicos marxistas y neomarxistas. Sin embargo, aunque el marxismo dirigió la atención hacia el poder explicativo del desarrollo económico y de la estructura social, también desvió la atención académica lejos de otras impor-

tantes variables explicativas, como las instituciones políticas, la religión, la etnia, el contexto internacional, el liderazgo individual, la contingencia y el azar. Su concepción del desarrollo económico era demasiado simplificada y primitiva. Al producir la economía moderna una fuerza de trabajo cada vez más diversificada e internacionalizada, la capacidad de los académicos marxistas para percibir y ponderar de manera adecuada las variables económicas, sociales y políticas se atenuó. De esta manera, aunque las distintas escuelas marxistas aumentaron considerablemente la cantidad y la clase de evidencia disponible para los académicos de la historia y la ciencia social, su lógica inferencial era seriamente defectuosa e inadecuada para la falsación. Eric Hobsbawm (1962, 1987, 1994) y otros historiadores marxistas (Hill, 1982; Hilton, 1990; Thompson, 1963) hacen una gran contribución sobre el siglo XIX y anteriores a la historia académica, pero tienen dificultades en sus esfuerzos para interpretar y explicar el XX (Judt, 1995).

2. Maximalismo científico: el enfoque de la elección racional

El enfoque de la elección racional –llamado de varias formas «teoría formal», «teoría positiva», «teoría de la elección pública» o «teoría de la elección colectiva»– es predominantemente una entrada lateral en la ciencia política desde la economía. Politólogos como Pendleton Herring, V. O. Key Jr. y Elmer Schattschneider (Almond, 1991, pp. 32 ss.) habían utilizado metáforas económicas. Pero fueron los economistas –Kenneth Arrow, Anthony Downs, Duncan Black, James Buchanan y Gordon Tullock, y Mancur Olson– quienes aplicaron primero los modelos y métodos económicos al análisis de temas políticos como las elecciones, el voto en comisiones y cámaras legislativas, la teoría de los grupos de interés y demás[32]. En la edición de 1993 de *Political Science: The State of the Discipline*, el capítulo que trata de la «teoría de la elección racional formal» dice que este enfoque promete «una ciencia acumulativa de la política». Sus coautores sostienen que la teoría de la elec-

[32] Arrow, 1951; Downs, 1957; Black, 1958; Buchanan y Tullock, 1962; Olson, 1965.

-ción racional ha cambiado de manera fundamental la forma en la que la disciplina debería proceder al estudiar la política y al formar a los estudiantes» (Lalman *et al.*, 1993).

Este enfoque mantiene la perspectiva de una teoría de la ciencia política acumulativa y unificada –parte de una teoría de la ciencia social formal y unificada– basada en los axiomas o las asunciones comunes que se derivan esencialmente de la ciencia económica. Estas asunciones consisten en que los seres humanos son egoístas, maximizadores, materialistas y racionales, primordialmente a corto plazo. Sus defensores sostienen que de tales premisas se pueden deducir hipótesis respecto a cualquier esfera de la actividad humana: desde decisiones sobre qué comprar y cómo pagarlo, y a quién votar, hasta decisiones sobre con quién casarse, cuántos hijos tener, cómo deberían negociar y formar coaliciones los partidos políticos, cómo deberían negociar y formar alianzas las naciones, etc. La teoría es parsimoniosa, lógicamente consistente, matemática, y prefiere los métodos experimentales a los observacionales e inductivos para comprobar las hipótesis.

Ésta es la versión ambiciosa, maximalista, del enfoque que podemos encontrar en la contribución al volumen *State of the Discipline II* que acabamos de citar (Lalman *et al.*, 1993), en «The Emerging Discipline of Political Economy» (1990) de Peter Ordeshook, en «Political Science and Rational Choice» (1990) de William Riker, en «Toward a Unified View of Economics and the Other Social Sciences» (1990) de Mancur Olson, así como en otros autores de este género. Este enfoque mantiene que hay una discontinuidad en la historia de la ciencia política, según la cual todo lo que ocurrió antes hay que verlo como precientífico. Su visión del futuro de la disciplina consiste en un cuerpo acumulativo de teoría formal, internamente lógica y consistente, capaz de explicar la realidad política con un número relativamente pequeño de axiomas y proposiciones.

Algunos autores muy eminentes de este movimiento no comparten estas expectativas maximalistas. En la cuestión del

ta, materialista y racional. Hace ya tiempo, Milton Friedman (1953) mantuvo la postura de que era indiferente si esta asunción era correcta o incorrecta en tanto que produjera predicciones válidas. En la medida en que se mostrase relevante, podría cumplir una función heurística al comprobar el provecho que podían tener distintas versiones de la utilidad. Es interesante que uno de los pioneros de la teoría política de la elección racional, Anthony Downs, se haya apartado hace ya tiempo de un Hombre Político modelado a partir del Hombre Económico; encontrándose ahora comprometido en un importante trabajo sobre valores sociales y democracia, que asume la importancia de las instituciones políticas para las decisiones políticas, y la importancia de la socialización política de las elites y los ciudadanos en el uso y el perfeccionamiento de las instituciones políticas (Downs, 1991). Habiendo perdido contacto con las instituciones debido a la estrategia reduccionista seguida por este movimiento, ahora la mayoría de sus practicantes están a la busca de las instituciones (Weingast: *infra*, cap. 5; Alt y Alesina: *infra*, cap. 28).

Robert Bates (1990), un pionero en la aplicación de la teoría de la elección racional al estudio de los países en desarrollo, está a favor ahora de una aproximación ecléctica al análisis político. «Cualquiera que trabaje sobre otras culturas sabe que las creencias y los valores de la gente importan, así como también las características distintivas de sus instituciones». Bates quiere combinar el enfoque de la economía política con el estudio de las culturas, las estructuras sociales y las instituciones. «Un atractivo importante de las teorías de la elección y la interacción humana, que está en el núcleo de la economía política contemporánea, es que ofrece las herramientas para conectar causalmente los valores y las estructuras con sus consecuencias sociales».

Esta versión menos heroica de la teoría de la elección racional tiene bastante continuidad con la así llamada ciencia política «conductista». Y así se la contempla también en esta versión de la historia de la ciencia política. Su aproximación

...es inherentemente superior al proceso de construcción de hipótesis a partir del conocimiento empírico profundo, como reclaman algunos de sus devotos. Green y Shapiro (1994, p. 10) sostienen que

> [...] el formalismo no es una panacea para los males de la ciencia social. En realidad, la exposición formal ni siquiera garantiza un pensamiento claro. Las teorías formalmente rigurosas pueden ser inexactas y ambiguas si sus referentes empíricos no están bien especificados. Además, la formalización no puede ser un fin en sí misma; por muy parsimoniosa y analíticamente cerrada que sea una teoría, su valor científico depende de lo bien que explique los datos relevantes.

En una importante crítica a la literatura empírica producida por el enfoque de la elección racional, Green y Shapiro (1994, p. 10) concluyen:

> [...] se ha aprendido poquísimo. Parte de la dificultad proviene de la absoluta escasez de aplicaciones empíricas: los defensores de la elección racional parecen más interesados en la elaboración de teorías, dejando para después, o para otros, el lioso asunto de la comprobación empírica. De acuerdo con nuestra interpretación, el fracaso empírico está también significativamente enraizado en la aspiración de los teóricos de la elección racional a dar lugar a teorías universales de la política. Como una consecuencia de esta aspiración, creemos, la mayor parte del trabajo empírico inspirado por la elección racional está echado a perder por defectos metodológicos.

Para escapar de esa esterilidad, Green y Shapiro aconsejan a los teóricos de la elección racional que:

> [...] resistan los impulsos de ahorro teórico que dan lugar a una investigación conducida por el método. Más fructífero que preguntar «¿cómo podría explicar X una teoría de la elección racional?» sería la pregunta motivada por el problema: «¿Qué explica X?». Naturalmente, ésta llevará a reflexionar sobre la importancia relativa de una multitud de posibles variables explicativas. Es indudable que el cálculo estratégico será una de ellas, pero normalmente habrá muchas otras, que irán dest

> de las tradiciones de comportamiento, normas y culturas a diferencias en las capacidades de la gente y en las contingencias de la circunstancia histórica. Debieran resistir el impulso a escapar de esta complejidad en lugar de construir modelos explicativos que la tengan en cuenta, incluso cuando esto signifique una merma del rango de su aplicación. Nuestra recomendación no consiste en más trabajo empírico y menos teoría; se trata de que los teóricos se acerquen a los datos para que teoricen de un modo empíricamente pertinente.

En respuesta a la crítica de Green y Shapiro, Ferejohn y Satz (1995, p. 83) nos dicen: «Aspirar a la unidad y la búsqueda de explicaciones universalistas ha espoleado el progreso en todas las ciencias. Al excluir el universalismo por razones filosóficas, Green y Shapiro hacen capitular las aspiraciones explicativas de la ciencia social. Esa capitulación es prematura y contraproducente». Por otra parte, Morris Fiorina (1995, p. 87), miembro del bando más moderado y ecléctico de la escuela de la elección racional, en respuesta a la crítica de Green y Shapiro, minimiza el alcance del universalismo y el reduccionismo en la comunidad de la elección racional. Reconoce que «ciertamente, se pueden citar académicos de la elección racional que escriben con ambición –si no grandiosamente– sobre la construcción de teorías unificadas del comportamiento político». Pero, de acuerdo con Fiorina, se trata de una pequeña minoría. Al mantener pretensiones extravagantes, los electores racionales no son diferentes en lo excesivo de su propaganda a los funcionalistas, los teóricos de sistemas y demás innovadores de las ciencias sociales y de las demás ramas del conocimiento académico. De este modo, dos de los contribuidores más importantes del enfoque de la elección racional adoptan posiciones muy distintas en la cuestión del maximalismo científico: uno lo defiende como una aspiración sin la que se vería comprometido el progreso científico; el otro ofrece media disculpa por la arrogancia de esta corriente, retirando la otra mitad de la disculpa con la razón de que «todo el mundo lo hace».

La polémica sobre las mayores aspiraciones del enfoque de la elección racional nos induce a recoger sus logros en nuestra visión ecléctico-progresiva del progreso disciplinar, rechazando sus pretensiones y su visión maximalista de la ciencia

política y reconociendo la positiva contribución de su enfoque deductivo formal al arsenal de las metodologías, duras y blandas, que están a nuestra disposición en nuestros esfuerzos por interpretar y explicar el mundo de la política. Por así decirlo, el movimiento para penetrar lateralmente la ciencia política sin, en muchos casos, adquirir el conocimiento de los campos sustantivos que se propone transformar, ha llevado inevitablemente a una estrategia dominada por el método y a un registro ilustrativo de logros, en lugar de a una estrategia centrada en los problemas, en la que los métodos deductivos formales encuentran su lugar apropiado.

V. Conclusión

Los recientes historiadores de la ciencia política a los que se ha citado nos piden que adoptemos un punto de vista pluralista sobre la ciencia política. La *Methodenstreit* –guerra metodológica– de los setenta y los ochenta ha acabado, según ellos, en tablas. Se ha rechazado la idea de una disciplina continua, orientada en torno a un sentido compartido de identidad. Hay tantas historias de la ciencia política –dicen– como enfoques distintos en la disciplina. Y las relaciones entre estos distintos enfoques son de aislamiento. No hay ningún terreno académico compartido. De acuerdo con estos autores, nos encontramos ahora, y presumiblemente en un futuro indefinido, en una época posconductista o pospositivista, con una disciplina dividida, condenados a sentarnos en mesas separadas.

Lo que proponemos en este capítulo sobre la historia de la ciencia política es un punto de vista basado en una revisión de la literatura desde la Antigüedad hasta el presente, que demuestra una unidad de sustancia y de método y el carácter acumulativo de la disciplina, en el sentido del incremento en la base del conocimiento y de las mejoras en el rigor de las inferencias. Hay pluralismo en el método y en el enfoque, pero es ecléctico y sinérgico en lugar de aislacionista. Nuestra visión re-

Conoce las contribuciones sustantivas de los académicos marxistas ejemplificadas en la historia de las clases sociales, la

contribución de los straussianos a la historia de las ideas políticas, la contribución de la ciencia política de la elección racional al rigor analítico, etc. Este pluralismo no es «aislacionista», es ecléctico e interactivo, regido en último término por su irrenunciable compromiso con las reglas de la evidencia y la inferencia.

Agradecimientos

Quiero reconocer las muy provechosas críticas de Robert E. Goodin (y sus evaluadores anónimos), Heinz Eulau, Alex Inkeles, S. M. Lipset, Robert Packenham, Neil Smelser y Kaare Strom.

Bibliografía

ALMOND, G. A., «Rational choice theory and the social sciences», en K. R. Monroe (ed.), *The Economic Approach to Politics*, Nueva York, HarperCollins, 1991, pp. 32-52.

— y COLEMAN, J. (eds.), *The Politics of the Developing Areas*, Princeton (N. J.), Princeton University Press, 1960.

— y POWELL, G. B., *Comparative Politics: A Developmental Approach*, Boston, Little, Brown, 1966 (ed. cast.: *Política comparada*, Buenos Aires, Paidós, 1972).

— y VERBA, S., *The Civic Culture*, Princenton (N. J.), Princenton University Press, 1963 (ed. cast.: *La cultura cívica*, Madrid, Euramérica, 1970).

— FLANAGAN, S. y MUNDT, R., *Crisis, Choice and Change*, Boston (Mass.), Little, Brown, 1973.

ALT, J. y CHRYSTAL, A., *Political Economics*, Berkeley, University of California Press, 1983.

— y SHEPSLE, K. (eds.), *Perspectives on Positive Political Economy*, Cambridge, Cambridge University Press, 1990.

APSA (American Political Science Association), *Directory of Members, 1994-96*, Washington DC, APSA, 1994.